SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

ENERO DE 1946 AÑO XV

BUENOS AIRES

S U M A R I O

R O G E R C A I L L O I S
EL PODER DE LAS PALABRAS

G. P. F E D O T O V
RUSIA Y LA LIBERTAD

JUAN G. FERREYRA BASSO
PAISANO MUERTO EN EL RÍO

RAÚL GUSTAVO AGUIRRE
SONETO CASI UNA ELEGÍA

ADOLFO BIOY CASARES
EL OTRO LABERINTO

N O T A S

Eduardo González Lanuza: Centenario de Eça de Queiroz ☆ *Enrique Anderson Imbert*: Vuelta a moral y literatura ☆ LIBROS ☆ Roger Caillois: "Les Impostures de la Poésie", por *César Fernández Moreno* ☆ Ernesto Sábato: "Uno y el Universo", por *Arturo Sánchez Riva* ☆ Harry Levin: "James Joyce. A critical introduction", por *E. L. Revol* ☆ Miguel A. Torres Fernández: "Hay otro cielo en el sur", por *César Rosales* ☆ ARTES PLÁSTICAS ☆ *E. G. L.*: Los dibujos de Saúl Steinberg.

EL PODER DE LAS PALABRAS

Sentido de las palabras

He leído en un poeta una extraña fábula. El autor imaginaba que en las capitales, a favor del gran número de personas que se apretuja en ellas, ciertos seres que no tienen verdadero derecho a la existencia, que no son nadie, se deslizan entre el gentío fingiendo con éxito gozar de la misma realidad que aquellos con los cuales se codean. Se mueven, se agitan, se conducen exactamente como los hombres que los rodean, de suerte que los engañan fácilmente. Pero los ojos ejercitados pueden reconocerlos, afirma el cuentista, y entonces es divertido darles caza. No bien son descubiertos, estos fantasmas ambiciosos intentan escaparse. Procuran despistar por todos los medios a su perseguidor; atraviesan las grandes tiendas, entrando por una puerta y saliendo por otra luego de haber intentado confundirse con el tumulto de la muchedumbre de compradores, o bien suben a un vehículo, del cual bajan en marcha cuando menos se espera; entran también en las casas de dos puertas que han observado antes; en resumen: emplean todas las tretas capaces de asegurar su huída. Lo importante es no perderlos nunca de vista. Entonces, al atardecer, extenuadas, esas larvas renuncian a la lucha. Abandonan los sitios populosos donde habían esperado hasta entonces perderse entre la multitud. Se dirigen a los arra-

bales. Allí toman preferentemente las callejuelas oscuras y desiertas. Su cuerpo, si hablando de ellos puede decirse cuerpo, tórnase delgado y casi transparente, orlado de una especie de franja luminosa. Diríase que se deshilacha. Es el fin. El ser se aplana súbitamente contra un muro y desaparece de repente. No queda sobre la pared sino una mancha de moho que afecta muy vagamente la forma humana.

No creo que esta fábula esté enteramente vacía de sentido. Si no es verdadera para los hombres, lo es para las palabras que salen de su boca. Desde que empezaron a servirse de ellas, y en tal cantidad, desde que empezaron a discurrir, a escribir, siempre prontos a inventar otras nuevas, usando a veces, en su precipitación, una u otra sin discernimiento, han podido crearse muchas que no significan gran cosa. Circulan parecidas a las otras, compuestas como ellas de letras que se juntan en sílabas. Como las demás, figuran en el diccionario. Su existencia es, con todo, enteramente falaz. Sólo prosperan gracias a la distracción general. Porque no corresponden a ninguna realidad distinta, a ninguna noción clara que haya sido definida alguna vez o que puedan nombrar sin equívoco, en virtud de un consentimiento unánime. Pero mantienen la ilusión, mientras no se las apremie. Y se las apremia rara vez, de manera que todos continúan creyendo que son plenas como las demás y no vacuas como realmente lo son. Y hasta es imposible eliminarlas del todo, pues la impostura no se deja aislar: no consiste en un vocablo determinado que bastaría reconocer y condenar. Es pérfida e inasible; se oculta tras un prefijo o una desinencia. La raíz, sin duda, no provoca ningún temor: es conocida, se sabe desde siempre lo que designa. He aquí a la desconfianza adormecida, si es que jamás estuvo despierta. Pero en cada derivación se oculta una celada: una operación del pensamiento, una extensión de sentido que, quizá, es ilegítima y que introduce en lo que sigue un fraude difícil de desenmascarar. A menudo, también, se toma la palabra en sentido figurado, según

se dice. La impostura, en tal caso, está en la metáfora, por lo menos en cuanto se olvida que hay metáfora. Este olvido no se hace esperar. Por estas vías y por muchas otras se establecen desde el principio, entre las palabras y lo que significan, relaciones inciertas y engañosas. Las palabras pululan, sus sentidos aún más. Pronto es imposible distinguir entre ellas las que recubren alguna realidad y las que están allí como de contrabando. La situación se agrava sin cesar y de por sí; a medida que las palabras adquieren importancia, la experiencia y el conocimiento de las cosas vienen, cada vez más, por ellas y no por las cosas mismas. Se imponen cada vez más a espíritus crédulos que ellas ocupan casi exclusivamente. Les ocultan la realidad, en vez de proporcionarles el medio de expresarla. La sumergen y la embrollan, confundiéndolo todo, reuniendo, bajo una misma engañosa etiqueta, cosas o ideas dispares que no tienen otro lazo que el de ser precisamente designadas por un símbolo único que no hace sino extraviar, creando en el espíritu conexiones que no existen en las cosas.

El que emplea una palabra piensa rara vez en precisar su sentido. A medida que habla o escribe, le da un significado, luego otro, y no reflexiona en que son incompatibles. Cuanto más vaga es la palabra, tanto más fácil le resulta acomodarla a su discurso. Y si ignora completamente su alcance, nada le impide emplearla enteramente a su modo, sin límite de ninguna clase. Su capricho no encuentra ya la menor resistencia. Así vemos a más de uno que se complace en juntar, en mil frases sonoras, palabras que le parecen llenas de poder mágico, pero cuyo contenido lo pondría en grave aprieto si tuviese que definirlo. Parece ensartar cuentas de colores. ¿Qué freno lo retendrá? Alínea signos que no ofrecen nada que no sea flúido y dócil. La inteligencia no encuentra en ellos un sentido fijo a que pueda asirse y que resista, en su caso, a las violencias que desee hacerle sufrir. No son más que ruidos o series de letras cuyo significado varía con las necesidades de

cada cual. Sin duda esta disponibilidad los hace infinitamente aptos para ser ensamblados sin rigor por un espíritu ágil y precipitado. Ordena las palabras según la idea que se le ocurre y no se toma la molestia de interrogarse un momento acerca de la noción que designan. Su negligencia constituye su libertad. Y a fuerza de ligereza, da una impresión de inteligencia. Vano resplandor. Vana soberanía que sólo reina sobre el viento. Tal ingenio puede deslumbrar sin mucho gasto: basta que se abstenga de reflexionar. Pues cada reflexión disminuye su fantasía, le prohibe una idea, lo llama al orden. Le muestra, en las cosas o en las ideas, dificultades que las palabras, que nada son, no le hacían ver. Debe renunciar en seguida, si es honrado. Pero es preciso mucho carácter para renunciar a parecer inteligente a fin de llegar a serlo sin parecerlo en el mismo grado. No me explico de otro modo esa afición tan extendida de ciertos espíritus por los vocablos cuyo significado no comprenden en realidad; es que entonces se encuentran todavía menos embarazados en el manejo de los signos. Si se dice *mesa, dolor, malicia,* cada uno sabe suficientemente lo que estas palabras significan, porque está viva en él la experiencia de la cosa y no lo engañarán: imposible adelantar nada que ella no mande estrictamente. Pero si se dice *dialéctica,* por ejemplo, o *trascendencia,* ya están a sus anchas y cada uno empieza de buen grado a darse a sí mismo gato por liebre. Si dice usted ahora *justicia* o *libertad* sin precisar lo que por ello entiende, todo le está permitido, empezando por llamar justicia a la iniquidad y libertad a la tiranía. Porque todo es cuestión de definición. ¿Quién no se acuerda de haber oído decir a un conquistador proteger por sojuzgar? La treta era grosera y no persuadió casi a nadie. Pero no son las tretas lo que me inquieta: son las diversas formas de la inconsciencia y una temeraria ingenuidad. Ésta ¡ay de mí! se halla presente en todas partes, constantemente. Abra usted un periódico: se la encuentra en cada página. Claro que ahí, por lo menos,

se dejó ya premeditadamente de emplear las palabras en su sentido propio. ¿Candor? ¿Astucia? Ambas cosas, en mi opinión. El periodista se burla de la precisión, eso es todo, porque no es productiva, y lo que se quiere simplemente es sacar partido de las seducciones de que están llenas ciertas palabras. Así como Víctor Hugo hablaba de una golondrina *leonada*, aquí se me habla del amor *intrínseco* de la patria. La expresión no tiene sentido, pero ¿qué importa? Quien la usa quiere beneficiarla con el prestigio que siente ligado al epíteto, por ejemplo en "valor intrínseco". Así obra el comerciante que, en un cartel de publicidad, elogia su producto como un *lujo realmente económico*. Así, la política. ¿Quién consigue preservarse por completo del contagio? Nos encontramos, en verdad, ante una extravagante y peligrosa aventura: las palabras usadas, no por el sentido que tienen, sino por el efecto que producen.

Las fórmulas

En cuanto se combinan las palabras, el peligro es mayor todavía. Oigo hablar de naciones jóvenes. Vedme ya perplejo. No ignoro lo que es la juventud en un ser que veo cómo nace, crece, envejece y muere. Su desarrollo está trazado de una vez por todas, idéntico en los diversos individuos. Juventud designa entonces un momento bien determinado de una evolución constante. Pero, si se aplica la palabra a una nación, se vuelve equívoca en seguida. ¿Quiere decirse que una nación es joven cuando su constitución es relativamente próxima, cuando se ha formado en fecha reciente y el sentimiento nacional es en ella más vivo y quisquilloso que en otras? ¿Quiere decirse, por el contrario, que en esa nación la proporción de jóvenes es especialmente elevada y la de hombres de edad especialmente reducida? ¿O bien que son jóvenes quienes dirigen esa nación y ocupan en ella los cargos de responsabilidad? ¿O

bien que, a falta de verdadera juventud, manifiestan por lo menos el ímpetu, el espíritu de iniciativa, la vivacidad, la afición al riesgo y las demás cualidades que se le reconocen generalmente a la juventud? ¿Quiere decirse, en fin, que la potencia política o económica del país se halla en un período de expansión y surge como nueva y peligrosa competidora de las potencias más antiguamente establecidas? Imposible escoger y, sin embargo, nadie afirmará que todos estos caracteres coinciden necesariamente. Nada indica que sean inseparables. Habríase debido, pues, distinguir entre ellos, si se quería decir algo preciso y que pudiese estar garantizado por una realidad. Pero ¿queríase esto?

El hechizo se desvanece cuando llegamos a las precisiones. Uno no se refiere, en efecto, sino a ventajas discutibles o parciales, como pueden serlo para una nación el haberse constituído recientemente, el tener una población relativamente joven, el hallarse en manos de mozalbetes o de audaces, el tener una economía próspera y conquistadora. Mientras que ser considerado joven asegura una superioridad absoluta y que exalta, además de impedir la discusión que sólo puede referirse a datos concretos. Joven no expresa entonces una realidad sino un prestigio que se disipa si se insiste, es decir, si se piden explicaciones para saber lo que designa el vocablo. Nada designa. Era una especie de cheque sin fondo. Lo malo es que, por pereza, hay pocos que piensan en presentarlo en la ventanilla del banco. La mayoría lo endosan a ciegas y lo pasan a otro cándido. Esta circulación de títulos aumenta sin cesar, pues los falsos valores nacen unos de otros con terrible rapidez. Cada vez más, se pierde la costumbre de confrontar esos vanos signos con las cosas o las ideas que uno imagina que representan. Se abandona todo cuidado por el conocimiento de las cosas y las propiedades de las nociones. Se reúnen al azar signos sin defensa que sólo saben obedecer y extraviar.

Leía yo el otro día la siguiente definición del buen político: "El hombre que ve las cosas tal como son y traza sus planes en consecuencia". Nada mejor, siempre que por lo menos no se piense que el número y la complejidad de los datos que debe conocer el político son tales, que sin duda está fuera del alcance del espíritu humano poder ver las cosas tal como son. Esta última expresión inquieta a su vez el pensamiento. ¿Conserva todavía sentido cuando se trata, como en este caso, no de cosas propiamente hablando, fijas y bien circunscritas, sino de situaciones, de tendencias, de intereses y de todos los elementos móviles e indistintos cuya realidad misma varía según el modo con que tracemos sus contornos y, más aún, según la importancia que se les asigne? Estos elementos dependen a tal punto, a veces, del caso que de ellos se hace, que son decisivos si se los teme, despreciables si se los desdeña. Así estas supuestas cosas no *son*, esto es, no existen con la resistencia y estabilidad en que hacen pensar la palabra ser y la palabra cosa. Pero, aunque gozaran de estas cualidades, no podría el político, de no ser Dios, percibirlas exactamente como son. Las verá de todos modos como le parezcan, y le parecerán según sea capaz de verlas, a través de su temperamento, de sus hábitos, prejuicios, aprensiones, esperanzas; en fin, a través de todos los malos consejeros que pervierten el juicio y de los que ningún mortal puede librarse por completo. Es decir que el buen político verá las cosas como el autor de la obra de que precisamente tomé prestada su definición insinuaba que las percibe el mal político. ¿No hay, pues, diferencia entre los dos? La hay, sin duda. Aquél es más prudente en sus decisiones; éste obra con más desenvoltura; uno se somete de buen grado a las sugestiones de la realidad, otro sigue ciegamente su instinto y su deseo. De buena fe, nada percibe en las circunstancias que no favorezca su designio. Pero los dos, aunque desigualmente, están sujetos a los mismos errores. No se comprueba entre

ellos sino una diferencia de grado, mientras que la definición que examino pretende establecer una diferencia de naturaleza.

"¡Cómo! —me dirán—. ¿No puede usted dejar esas sutilezas y perdonar al lenguaje una inocente inexactitud que no altera mayormente las cosas? ¿Qué significa aquí esa distinción del grado y de la naturaleza? Es pura escolástica". Disculpen: pero conservo mi intransigencia, pues importa mucho, por lo contrario, que la diferencia sea de grado y no de naturaleza. Si fuera de naturaleza, no tendría ya nada que decir, y el buen político sería, en efecto, el que se dice dotado de esa divina e irreemplazable clarividencia, mientras que el otro aparecería como un desdichado que corre fatalmente hacia el fracaso, destinado a permanecer, durante toda su carrera, en las tinieblas exteriores. Pero si la diferencia es de grado, si no se trata sino de más o menos, la definición se derrumba en seguida, no tanto porque la visión del hombre político pueda ser, según los casos, más o menos fiel al objeto, y él pueda, a fin de cuentas, corregirla si se le muestra su error, sino mucho más porque entonces se hace dudoso que la perfección esté situada en un extremo de lucidez y justa información. No queda excluído el que aparezca, por el contrario, en una especie de dosaje entre cierta docilidad frente a la coyuntura y cierto fervor que, inversamente, le invita a pasar por alto las indicaciones más imperiosas de aquélla. No pretendo sostener que este fervor reposa en una especie de instinto y de intuición que advertirían al genio que no hay allí más que una simple fachada, pues no sería entonces sino el efecto de una penetración más profunda y, si se quiere, la consecuencia de una mejor visión de las cosas. Quiero decir que el fervor del político, su voluntad, su inteligencia, sus maniobras, su encarnizamiento logran a menudo transformar la coyuntura misma que, de hecho, es plástica y está compuesta de relaciones modificables, de fuerzas que trabajan para los que saben captarlas y poner en ellas su confianza. Su vasta geografía no comprende solamente una

red inextricable de arroyos, crestas y pasos minúsculos. Contiene también imponentes montañas que parecen destinadas a la inmovilidad, hasta que una fe absurda, razonable contra toda previsión, las pone en movimiento. La historia muestra más de un ejemplo de esos milagros aparentes, y se ha visto a menudo, en las dúctiles cosas humanas, que el fanatismo llega a sus fines, mientras permanecían impotentes la ciencia y la agudeza del juicio. A veces por ignorar las dificultades sale uno vencedor de ellas, o, más bien, la pasión cierra lo bastante los ojos del campeón para que éste deje casi de percibirlas y le da, al mismo tiempo, energía bastante para superarlas. Sin duda, no debe exagerarse la ceguera, y el entusiasta puede tropezar ridículamente y quebrarse como vidrio por haber apreciado mal la resistencia de algún obstáculo. Por eso decía que el bien se encuentra en un dosaje. La definición de mi autor no lo dejaba sospechar. Hasta alejaba esa idea. He aquí lo importante y por qué no dejaba de tener su alcance el que la diferencia fuese de grado o de naturaleza. Yo discutía el sentido de esta definición, no su exactitud, pues me propongo demostrar cómo las palabras engañan. No me interesaba comprobar su pertinencia: si lo hubiese intentado, habría debido renunciar a ello en seguida, pues todo depende de lo que significa buen político. ¿Significa hábil, honrado o bienhechor? ¿Es el criterio el éxito de la empresa, la moralidad del hombre o la excelencia de los resultados? Los tres puntos de vista son lícitos. A partir de uno o de otro, puede definirse cuál es el buen político. Y escoger entre ellos sería objeto de disputas infinitas.

La impostura de las palabras

Tal fórmula es bella en apariencia. Suena bien, pero sólo contiene palabras impropias y expresiones desdichadas. Es el caso general: hay pocas fórmulas que no tengan bella apariencia. Sin em-

bargo, no pueden examinarse todas. Debería hacerse, pues ningún signo exterior las distingue de aquellas que no contienen más que confusión y espejismo. Son frases bien construídas, compuestas de palabras ordinarias cuyo orden regula la sintaxis acostumbrada. Llenan discursos y escritos. Todos las oyen, las repiten y forman incesantemente otras nuevas, sin tomarse la molestia ni reservarse el tiempo de interrogarlas como deberían, así como el aduanero no puede abrir todos los paquetes. Y el menudo contrabando pasa sin cesar. Pero si un espíritu vigilante se detiene un momento a leer, hablar o escuchar, si se decide acaso a interrogar las palabras de que se sirve, o sus diversos compuestos, para saber qué significan y qué realidad pretenden expresar, todo se desploma. Se descubre el engaño. No había sino prestigio y simple andamiaje cubierto de tela embadurnada. La inteligencia sorprendida, apremiada o soñolienta había creído descubrir un sentido, habituada —y ahí está el mal— a contentarse así con cualquier combinación de palabras que no la choque por su manifiesta absurdidad. Ahora bien: es casi dificultoso el ser absurdo. Es sin duda más fácil juntar términos que no protesten de hallarse reunidos. Se llaman mutuamente. Acuden espontáneamente a la boca o a la pluma. Y uno se felicita de esa facilidad peligrosa. El espíritu cuando junta palabras cuyo agrupamiento le choca, se violenta, no sigue su inclinación, es menos perezoso que de costumbre. Por eso casi todas las frases que uno encuentra ofrecen una apariencia de sentido —sólo una apariencia— que no resiste al primer examen. Y uno sospecha que, a menudo, bastaría intentar cercar su sentido para advertir que no tienen ninguno.

Llega un momento en que la inteligencia, perdida entre las palabras y como borracha de ellas, reacciona y desea apoyarse en algo más firme. Desea, a través de las palabras, alcanzar evidencias, es decir cobrar el metal incontestable que garantiza esa abundancia de papel moneda. En efecto, ¿cómo no advertir que, sin una experiencia íntima

que le corresponda, no hay palabra que valga más que el ruido que hace? Es preciso que se apoye en una certidumbre, establecida por los sentidos o por algún otro modo de captar, reconocer e identificar. Entonces todo es rigor y no hay ya nada que se pueda confundir o recusar. Lo que se sepa, se sabe desde entonces a ciencia cierta. Por así decirlo, queda uno pagado por saberlo. Se conserva en la conciencia una como cicatriz de la revelación banal o rara que se ha recibido. De esta manera, cada uno dispone de acerbos o dulces recuerdos que constituyen un tesoro personal. Con ellos confronta las palabras cuando quiere verificar su ley y peso. Detrás de los agrupamientos sonoros, encontrados al azar de una lectura o de una conversación, busca algún dato irrefutable. No abandona la partida antes de haberlo conseguido. Hay indudablemente pocos discursos, pocas páginas que resistan la prueba. En alguna etapa de la encuesta, en el momento en que el espíritu ansioso ahonda su búsqueda, se revelan como puro fárrago, y los esparcidos miembros de sus frases se disuelven y desvanecen antes de que haya podido asir una evidencia que la sostenga. Decepcionado, no tiene ya ante sí sino una estructura gramatical y elementos incoherentes que no puede enlazar y debe restituir al diccionario, por no comprender sus relaciones mutuas. En verdad, no había sino esto: de una parte, uno de los moldes comunes que el lenguaje pone a disposición del pensamiento y que éste utiliza para dar forma a lo que quiere trasmitir; de otra, palabras recogidas con oído inatento y reproducidas pronto sin preocuparse de expresar por su conducto una afirmación que se sepa enlazar por vías seguras con esas certidumbres simples que la inteligencia abarca de una vez, que no puede apartar ni modificar a su gusto y de las que sería saludable que sacase exclusivamente las premisas de sus pasos.

Pero ¿quién no se contenta con pedir a las palabras mismas esas garantías con que convendría precaverse contra su usurpación? ¿Quién

se impone la obligación de bajar cada vez hasta las certidumbres elementales o de comprobar por lo menos la seguridad de los cambios que permiten alcanzarlas? Tanto valdría condenarse al silencio, y llego a creer que, en su punta extrema, el más alto pensamiento se decide por fin a ello. Pero me atengo a las condiciones ordinarias de la reflexión válida: es un hecho que, aun en estos límites, son excepcionales los que toman las precauciones convenientes. Por lo demás, nadie podría tomarlas siempre. De ahí que las palabras lo sumerjan todo: no se espera para usarlas a que la experiencia les haya suministrado el menor contenido. Al contrario, cuanto menos sentido tienen para el que las emplea, tanto más se considera éste autorizado a deslizarlas en cualquier fórmula, creyendo que, con este artificio, se lo aumenta. "La justicia —empieza el primero— no es más que una decisión de..." Basta. Ya sé que la justicia padece otras definiciones. Lo veo en el empeño mismo que tiene de hacerme pensar lo contrario. "La verdadera democracia —afirma el segundo— consiste en..." Ya estoy en guardia. Si no lo apruebo, está preparado para sostener que mi concepto de la democracia no es el de la democracia verdadera. ¿Para qué discutir? "Los que saben leer a Platón —escribe otro— reconocen en su obra..." ¿Cómo decirme más claramente que, si yo no percibo en Platón lo que a él le place, es que no he sabido leerle? Así sucesivamente. Con palabras y fórmulas se puede hablar y escribir tanto como se quiera. No hay necesidad de experiencia ni de reflexión. ¿Por qué abstenerse? Hay gente que en toda su vida no se expresó de otro modo. Nada más común, ¿qué digo?, más inevitable que hablar de lo que no se conoce. Y nada que se note menos. A nadie choca que éste hable a su lector de un plátano que ha visto devorado por las orugas o que aquél lamente con solemnidad que la virtud no sea siempre recompensada. Sin embargo, las orugas no atacan a los plátanos, y si la virtud fuera siempre recompensada, ya no sería virtud, sino algo difícil de distinguir del cálculo

o el interés. Que cada cual haga aquí examen de sí mismo. ¿Quién puede asegurar no haber jamás desaprobado de algún modo el hecho de que el círculo no tenga ángulos?

¿Qué ocurrirá si no se trata ya solamente de breves fórmulas aisladas? El intelecto junta de buen grado las palabras de modo que se presten un apoyo recíproco y constituyan al fin una gigantesca red capaz de sustituirse casi al universo, de interponerse al menos entre el universo y el conocimiento de éste que el hombre se esfuerza en adquirir. Desde el principio, parece destinado a caer en el lazo que le tienden los sistemas. Son las palabras lo que percibe primero. Pronto forman una especie de pantalla que le oculta el mundo. Su multitud, su agitada confusión asaltan el espíritu y lo aturden. Preceden sus experiencias, en vez de llegar oportunamente para nombrarlas a medida que él pasa por ellas y siente el deseo de identificarlas. Se acostumbra así a dar en su discurso más importancia a las palabras que a las cosas y pierde el hábito de ver en ellas signos que sólo tienen la función de expresarlas. Se necesita entonces, para desprenderse del dominio de las palabras, un vigor intelectual poco común. ¿Cómo podría ser de otro modo? Invaden toda pobre cabeza en cuanto se despierta a la conciencia: la escuela, los diarios, los libros, la radio, todo conspira para llenarla del rumor de las palabras más bien que de los rumores del mundo. No acoge nada sino por su conducto, y vedla ya bien preparada para ser víctima de toda superchería del lenguaje. Mas aún: halla acomodo en esa condición. Una inteligencia algo viva no tarda en sacar partido de ella. En la plaza pública se apretuja una clientela que espera, boquiabierta, al charlatán. A éste no le faltarán crédulos. Es inevitable y, en verdad, una consecuencia directa de la naturaleza de las cosas.

A decir verdad, nada más natural que la invasión de la plaza pública por los charlatanes. Es el lugar que han escogido para realizar sus hazañas. El pensamiento es ahí menos metódico que en cualquiera otra parte, y lo que importa no es ser preciso, sino tener labia. Harto se sabe que no se conmueve a las muchedumbres con razonamientos: es mejor aullar y repetir a menudo y con voz fuerte los mismos gritos, que terminan por provocar mecánicamente las reacciones que espera un hombre hábil o un arrebatado que es él mismo presa del delirio que esparce. Claro está que sabios y filósofos se jactan de ser más exigentes. Sin embargo, nada impide al lenguaje prestar sus emboscadas al razonador como al charlatán de estrado. Cada uno halaga una necesidad diferente. Éste pinta con los colores más seductores los efectos de su droga o de su política. El otro presenta un sistema que tiene respuesta para todo, y no existe fenómeno en el universo entero que no encuentre en él su explicación. No se necesita más para seducir a la mayoría. Los oradores sólo tienen "l'embarras du choix". Uno lo explica todo por la lucha de clases y la evolución de la economía; otro, por la competencia de razas y los esfuerzos de las peor dotadas para acabar con las más dignas de la dominación universal. El tercero lo atribuye todo de preferencia a la energía sexual, cuyo influjo soberano percibe por anticipado en todas partes. Antes se invocaban los astros, del mismo modo y con el mismo éxito. El principio es idéntico y la receta infalible. Se aplica con gran seguridad. Sólo se necesita un instrumento tan flexible que pueda dar cuenta igualmente, en las mismas condiciones, de la presencia de lo blanco o de lo negro. Y asunto concluído. Fácil es unir cualquier efecto a la causa elegida previamente. Basta que sea suficientemente vasta y lejana. No falta sino mostrar su acción con la ayuda de algunas palabras-

claves que, según se cree, esparcen la luz de por sí: el uno dice dialéctica o plus-valía; el otro, complejo, sublimación; y el último, dolicocéfalo. Y ya está todo aclarado. Éste, por ejemplo, ve en los cuadros de un pintor que se fué a Tahiti la expresión del imperialismo colonial francés. Otro explica la economía capitalista por el juego de las tendencias sádico-anales, trasladadas al plano colectivo, según concede con seriedad. El tercero descubre en la Saint-Barthélémy o en la revolución francesa complots de las razas inferiores contra el ario predestinado. Sólo es preciso recurrir cada vez a determinado vocabulario, pues sólo de éste saca la explicación su prestigio. Y éste desafía la crítica, pues no se puede responder nada a afirmaciones tan gratuitas. Surgieron exclusivamente de la aplicación automática de una panacea que no podía dejar de convenir a todos los casos reales o concebibles. Por las mismas razones que es imposible probar que tales afirmaciones son ciertas, también es imposible demostrar que son falsas. Su arbitrariedad misma las protege y las hace irrefutables. Nadie puede probar que la pintura de Gauguin no sea forzosamente la expresión de un imperialismo colonial, que la economía capitalista es independiente de las tendencias sádico-anales y que el juego del ajedrez no es una sublimación del complejo de Edipo (pues el Rey que hay que vencer, como con respeto y sin hacerlo desaparecer, es un símbolo del padre). Tampoco existe un argumento absolutamente decisivo para descartar la hipótesis de que la toma de la Bastilla se deba a una conspiración de hombres morenos contra la supremacía de los rubios o a la concurrencia de Neptuno y Urano en el signo del Sagitario. Es difícil poner de manifiesto la falta de relación entre un principio general y un hecho particular. Pero supongamos que se llegue a ello por milagro, indirectamente, al menos, sacando a luz conexiones más próximas y más rigurosas. Esos sabios no se darán por vencidos. Acusarán a su contradictor de ser víctima de las apariencias, de ver sólo la superficie de las cosas, y pretenderán

pronto que en el fondo y en último análisis, como se complacen en decir, no cabe duda de que son las determinaciones que ellos invocan lo que lo ha conducido todo. No pueden dejar de ser infalibles.

Naturalmente, sus explicaciones se cruzan. Luchan sin cesar; más aún, procuran, por así decirlo, disolverse mutuamente en sus respectivas teorías. Cada uno explica por qué encadenamiento de causas pudo nacer la doctrina rival. Lo consigue fácilmente, como era de prever, por el solo poder de su lenguaje encantado que el otro tiene con razón por logomaquia, pero sin advertir que el suyo, en este punto, no tiene nada que envidiar al que él recusa. Con frecuencia he oído a esos doctores excomulgarse entre sí. No lo hacen nunca después de discutir las razones del adversario, sino clasificando muy pronto a éste entre los condenados por su evangelio particular: el psicólogo, entre los miserables que llama inhibidos; el economista, entre los que define como burgueses y cuyos argumentos están claramente dictados por los intereses; el racista sitúa al rebelde entre las razas inferiores cuya inteligencia es destructora, como todos saben, y el astrólogo se persuade de que, haciendo el horóscopo del desdichado, descubriría que ha nacido bajo una mala estrella cuyo pernicioso influjo le impide justamente reconocer la justicia de la astrología.

La cuestión, pues, queda pronto resuelta. Cada uno habría deducido, de ser preciso, los caracteres que debía presentar necesariamente una teoría dictada, según los casos, por el sexo, la condición, la sangre o los astros del que la expuso. Por esto, sin preocuparse más por un incidente tan despreciable, previsible, por lo demás, y comprendido en todo caso en el orden general del universo tal como lo describe la Biblia que él venera, pasa delante y continúa alegremente interpretando el mundo como ella quiere que se haga. Es infalible, les digo. E imperturbable. *Illi robur et aes triplex...*

No sé de nada que desdeñe tanto la realidad como semejante actitud.

Es lógico que la fe recurra a ella. Representa su papel, y fácilmente concibo que el teólogo, apoyándose en la verdad revelada, no condescienda a rechazar los razonamientos del impío: han sido inspirados evidentemente por el Maligno. Hay que dejar que obre la gracia o el ardor de la hoguera. Pero que el profesional de la reflexión obre de igual modo y sin darse cuenta es algo que me inquieta en extremo. La pujanza de las palabras debe ser como infinita, una vez que se les ha permitido, por decirlo así, no designar nada claro y reconocible. Limitadas casi únicamente a su función de signos arbitrarios, asociados entre sí y no a las cosas, constituyen de inmediato, reforzándose recíprocamente y excluyendo el resto, un sistema realmente invencible, por fútil que resulte. Sí, no cabe duda, su pujanza es entonces como infinita. Borra el mundo: nada prevalece contra ella, ni los simples datos de los sentidos, ni las necesarias conexiones que la inteligencia establece entre las ideas, ni las certidumbres más sutiles que el corazón experimenta a veces, más firmes y más próximas que todas las demás. Diríase que el universo entero es ensombrecido y relegado a no sé qué incierto último término por esta especie de telón tembloroso y coloreado que tienden las palabras en cuanto se ha sabido reunirlas en una construcción vasta.

La magnitud de la usurpación no deja nunca de asombrarme. No es por ello menos constante y universal. Por eso no se la percibe sin dificultad. Consigue engañar a la razón más fría y poner de su parte hasta el poder de articular con rigor las proposiciones, adormeciendo así la vigilancia de más de una facultad desconfiada por oficio. ¿De qué estragos menos ideales no ha de temerse que se muestre capaz, cuando se dirige, por el contrario, a potencias brutales, prontas a inflamarse, sin defensa contra el extravío, que se desencadenan con sólo agitar un paño rojo y que se apaciguan con la misma sencillez? ¿Qué séquito de males no puede entonces originarse en un desorden tan propenso a la producción de efectos funestos? Caería en el pecado que reprendo si me

precipitara a enumerarlos. Se me permitirá, con todo, citar una respuesta de Confucio que encontré no hace mucho en un estudio consagrado precisamente a denunciar los abusos que se hacían de una palabra, la palabra mística. Preguntaron al Maestro qué medida habría aconsejado al príncipe Ling de Wei para restaurar la paz y las buenas costumbres en su reino, donde la anarquía había llegado a su colmo: "Corregir las denominaciones" —respondió. Y explicó a continuación: "A denominaciones incorrectas, razones incoherentes; a razones incoherentes, negocios comprometidos; a negocios comprometidos, ritos y música sin cultivar; a ritos y música sin cultivar, penas y castigos inadecuados, el pueblo no sabe con qué pie baila, ni qué hace con sus diez dedos." Ignoro si eran indispensables tantos rodeos. Pero veo ahí una gran verdad.

Un gran peligro para la libertad

Cuando el vocabulario pierde su claridad, cuando las palabras se emplean unas por otras, ¿qué punto de referencia, qué medida común permite a los hombres el menor intercambio en que la mala inteligencia no esté presente? Excediendo cada cual su competencia con un lenguaje fascinador, pero sin alcance ni exactitud, no se distingue ya la cordura de la presunción ni la solidez de la inconsistencia. Ya no hay enseñanza que pueda trasmitirse o escucharse. Babel no consiste en que de ella surjan, repentinamente, distintas lenguas, sino en que, en el interior mismo de una lengua única, sea preciso traducir sin cesar para comprenderse, y que la traducción sea imposible porque no existen ya relaciones ciertas entre términos confusos y flotantes, que no evocan para nadie las mismas imágenes.

No subsisten sino signos de los que se espera que obren como talismanes y que, en todo caso, son señales más que denominaciones. Ven-

ce aquel que, por los procedimientos más groseros, sabe mejor servirse de ellos, no en lo que significan, sino como otros tantos incentivos propios para provocar las pasiones y todo lo que puede suministrar para un fin determinado, en un tiempo conveniente, la mayor cantidad de energía útil. Todo se reduce a la técnica. Especialistas diligentes ponen al día en los laboratorios los procedimientos más eficaces. Establecen las recetas que hay que emplear para obtener sin error tal o cual reacción. En estas condiciones, ¿quién no imagina qué palabras hábilmente escogidas, repetidas macizamente, aplicadas sin descanso a emociones concretas, llegarían a provocar casi infaliblemente los gestos que se desean? No se precisa la violencia para dar cima al adiestramiento. La ciencia basta. Todos creerán que se lanzan espontáneamente adonde se calculó conducirlos. Tal es el camino que está emprendiendo el hombre. Si no anda con cuidado, pronto se dejará reducir a los reflejos condicionados. En último término, el ser razonable sólo es independiente por su juicio. Pero, a través de las palabras, debe juzgar realidades. Su libertad consiste en una decisión tomada con conocimiento de causa. Si las palabras solas retienen su atención, si descuida el referirse a aquella de sus experiencias que cada una designa, está perdido. Se utilizarán las palabras para hacerle hacer lo que se quiera. Se lo esclavizará sin temor de que lo advierta. Un tirano instruído y bien equipado sabrá darle cuerda como a un reloj y ponerlo a la hora que le plazca. La propaganda es un arte que se halla todavía en su infancia. Pero ha obtenido ya resultados tan alentadores, que es poco probable que el Estado renuncie a emplear un modo tan eficaz de obtener la obediencia y, más aún, el entusiasmo. Se desdeñará privar al hombre de su libertad encerrándolo en una cárcel, si se consigue gobernar sus deseos.

Este cuadro sombrío está lejos de ser quimérico. Describe una situación que no tiene nada de imaginaria y que cada cual puede comprobar, por poco que tenga ojos para ver. Existe en la mayoría un creciente abismo entre una experiencia insuficiente y un vocabulario demasiado abundante que mucho la sobrepasa, no sólo en extensión, sino sobre todo en complejidad. Para las palabras que designan un objeto que queda bajo los sentidos o un estado anímico elemental, no hay todavía nada inquietante. Pero pongámoslas en plural, y ahí tenemos ya el comienzo de la inexactitud, pues se borran diferencias y se tiende a considerar como idéntico lo que no es posible relacionar sino bajo determinado aspecto. "¿Cómo puede decirse *los niños?* —advertía un escritor sensible—. Esta palabra no tiene plural; sólo tiene infinitos singulares". ¿Y todas las veces que se dice *los hombres?* Se debería en rigor no hablar entonces sino de los caracteres propios de la especie, apartando a la vez los que se comprueban fuera de sus límites y los que no alcanzan a éstos en todos sus puntos. ¿Quién se ciñe a semejante precisión?

La menor palabra abstracta es más peligrosa todavía. Supone operaciones difíciles que nunca se deberían conducir a la ligera y que la palabra, bajo su aparente inocencia, trae totalmente hechas a multitud de espíritus que no tienen ni idea de lo que son. Por esto emplean ese signo con la mayor ingenuidad, sin reflexionar que es imprudente hacerlo sin haber antes circunscrito su sentido, quizá sin haber como recomenzado en sí mismo el trabajo a que debe la existencia. Sólo con esta condición la palabra es realmente adquirida. Sin ello, sólo se tiene de prestado. Es éste, por desdicha, el caso de la mayoría de las palabras para la mayoría de los hombres. No hicieron más que oírlas, leerlas y repetirlas de la manera que les parece más verosímil. Tal vocabulario no representa de ningún modo un aumento de instrucción. Al contrario, constituye un grave peligro. Desarma al hombre. Em-

brolla su juicio. Hace al mismo tiempo, de esa criatura desconcertada, una presa fácil para el charlatán o para el ingeniero. Admitamos que el uno procura embaucarla, mientras que el otro, según se asegura, trabaja para su felicidad. Pero los dos la rebajan a la condición de un títere cuyos hilos manejan. No consentirían todos en ver ahí su verdadero destino. Es difícil decir si semejante suerte le espera al hombre fatalmente, difícil también decidir cuáles son los mejores medios para escapar a esta esclavitud insidiosa. Pero no dudo de que encontraría provechoso fortalecer su poder de juzgar bien las cosas. De esta manera, preservaría otro tanto la condición íntima de su libertad; porque, lo repito, de nada sirve que se le deje en libertad de obrar a su capricho, si se conoce el medio de dirigir su voluntad. Por eso deseo que se acostumbre a desconfiar de las palabras, pues es por medio de ellas como se logrará más fácilmente sorprenderlo y sojuzgarlo. Hasta querría, si no supiese que con ello deseo lo imposible, que emprendiese una labor de Cenicienta, que las hiciese pasar todas por el tamiz y rechazase el empleo de las que recibió del azar y se ve impotente para hacer que correspondan a alguna evidencia. Que las destierre, pues, cuando, al interrogarlas, deba confesarse que ignora lo que quieren decir y a lo que pueden aludir. Se trata de una persecución de fantasmas análoga a aquella que recomendaba el poeta. ¡Cuántas palabras, fórmulas, huecas ordenaciones de frases veríamos disolverse y desaparecer! También ellas dejarían en la memoria, supongo, una mancha de moho, como lo hacían en los muros las larvas fantasmas que él imaginaba y que, no teniendo tampoco derecho a la existencia, no podían surgir sino en las muchedumbres, a favor de la inatención general, pero habían de desvanecerse igualmente cuando se las perseguía lo bastante, delatando finalmente su vacío.

No creo que haya muchos que se complazcan en tal caza o sean capaces de llevarla a cabo. Sin duda, el uso de la palabra lleva consigo,

como rescate inevitable, esa inmensa suma de vocablos errantes y vacíos. Es natural que cada cual los recoja y se sirva de ellos sin demasiados escrúpulos, como le vengan. Pero hay algunos, sin embargo, que ponen en el justo ejercicio de un don tan precioso su esfuerzo y su gloria. Pienso que les corresponde dar el ejemplo y, por mera honradez, guardarse bien del peligroso poder de que son depositarios. Cierto, no se puede castigar su falta de honradez. Y aun encuentran en ella ventajas de toda clase y, especialmente, los aplausos de los embaucados. Pero traicionan los deberes de su cargo.

Se dice que, en la más remota antigüedad, los chinos no disponían, por todo vehículo de sus reflexiones, sino de cordeles que anudaban de trecho en trecho a intervalos apropiados. La disposición de los nudos decía con trabajo lo que deseaban comunicar. Se inventó por fin la escritura y sobrevino una grande inflación que relajó el rigor del pensamiento. Pues ya no había necesidad de reflexionar mucho para expresar poco. Era más bien lo contrario lo que ocurría ordinariamente. Un sabio se alarmó: "Haré que volváis —exclamó— al uso de las cuerdas anudadas". No era, desde luego, sino un vano deseo. Pero al formularlo prescribía a sus discípulos la meditación silenciosa. Lo veneran como a un gran sabio.

ROGER CAILLOIS

RUSIA Y LA LIBERTAD

No hay actualmente un problema más angustioso que el de la libertad en Rusia. No nos preguntamos, desde luego, si existe ahora en la U.R.S.S.; nos preguntamos si es posible que renazca allí después de la guerra victoriosa. La mayoría de los apologistas de la dictadura moscovita —los liberales y socialistas de antaño— adormecen su conciencia asegurándose a sí mismos que la liberación de Rusia es inevitable y cercana. La esperada evolución del poder soviético les permite aceptar con ligereza, e incluso con alegría, la sujeción de nuevos y nuevos pueblos europeos. Según ellos, bien se puede soportar unos años de opresión para luego gozar de todos los derechos que habrá de acordar a sus miembros la sociedad más feliz y libre del mundo.

Por otra parte, el pasado de Rusia no parece justificar tal optimismo. Durante largos siglos Rusia fué la monarquía más autocrática de Europa. Su régimen constitucional —¡y cuán débil era!— duró apenas once años; su democracia —que fué más bien una declaración que una realización de principios—, tan sólo ocho meses. Luego de librarse del zar, el pueblo, aunque no voluntariamente, ni sin lucha, se sometió a una nueva tiranía, al lado de la cual la Rusia de los zares es el paraíso de la libertad. En estas condiciones uno llega a preguntarse si no tienen razón los extranjeros o los rusos "eurasianos" cuando afirman que Rusia, en virtud de su espíritu nacional y de su destino geo-político, crea necesariamente el despotismo — o la "democia" fascista.

¿Tenemos que escoger entre estas dos afirmaciones contradictorias: fe absoluta o firme negación de la libertad rusa? No compartiendo la

doctrina del determinismo histórico, admitimos para los pueblos la posibilidad de escoger entre varios caminos. Mas el poder del pasado, el duro o benéfico gravamen de la tradición, limita considerablemente esta libertad de elección. Ahora que Rusia, después de su vuelo revolucionario hacia lo desconocido, vuelve a sus vías históricas, su pasado ha de determinar más que nunca —más de lo que ayer parecía imposible— su futuro.

Un solo tipo cultural —el occidente europeo cristiano— creó el concepto de libertad en el sentido moderno de la palabra; el sentido en el cual ahora amenaza desaparecer del mundo. Discutir la cuestión del destino de la libertad en Rusia equivale, por lo tanto, a determinar si Rusia pertenece al grupo de los pueblos de cultura occidental. Si Rusia no es el Occidente, ¿es, pues, el Oriente? ¿O algo totalmente distinto de uno y de otro? Y si es el Oriente, ¿en qué sentido debemos entender esta palabra?

Por Oriente, cuando se lo opone a Occidente, entendemos las diversas culturas que se suceden sin interrupción desde la antigüedad Sumerio-Asiria hasta el Islam moderno. La Rusia medieval se desarrolló en la periferia de dos culturas — la oriental y la occidental. Sus relaciones con ellas fueron muy complejas: en su lucha contra dos frentes —el catolicismo ("latinidad") y el paganismo— buscó aliados ya entre éstos, ya entre aquellos. Cuando afirmaba su espíritu autóctono, generalmente entendía por tal su herencia bizantino-ortodoxa, la que también era compleja. La ortodoxia bizantina era, desde luego, un cristianismo orientalizado, pero era ante todo cristianismo; además, con este cristianismo venía buena parte de la tradición greco-romana. Tanto su religión como su tradición emparentaban a Rusia con el Occidente cristiano.

En la historia milenaria de Rusia se puede distinguir claramente cuatro variaciones sobre el tema básico: Occidente-Oriente. Primero, en Kiev (862-1240) vemos a Rusia aceptando libremente las influencias

culturales de Bizancio, del Occidente y del Oriente. El período del yugo mongólico (1240-1450) es una época de aislamiento artificial y de penosa elección entre el Occidente (Lituania) y el Oriente (la horda). Moscú (1400-1680) aparece como un Estado y una sociedad netamente orientales; pronto sin embargo (desde el siglo XVI) empieza a buscar un acercamiento con el Occidente. La época moderna —de Pedro el Grande a Lenin— representa el triunfo de la civilización occidental en el territorio del Imperio Ruso.

En este artículo consideramos sólo un aspecto del tema Occidente-Oriente: el del destino de la libertad en la Rusia medieval, en el Imperio Ruso y en la U. R. S. S.

Durante el período kieviano existían en Rusia todas las premisas que hacían surgir en Occidente los primeros brotes de la libertad. Su Iglesia era independiente del Estado, y el Estado —de tipo semi-feudal, aunque distinto del Estado feudal de occidente— era igualmente descentralizado y carente de soberanía absoluta.

El cristianismo nos llegó de Bizancio y, al parecer, el bizantinismo bajo todos sus aspectos, inclusive el político, estaba naturalmente predestinado a modelar la joven nación rusa. Pero el bizantinismo político era una cultura totalitaria, donde el Estado tenía un carácter sacramental y mantenía a la Iglesia bajo una tutela nada suave. El bizantinismo excluye toda posibilidad de generar por sí mismo la libertad.

Por suerte, el bizantinismo no pudo imponerse a la comunidad kieviana por carecer ésta de las bases sociales requeridas. No sólo faltaba el emperador (zar) sino el rey que hubiese podido aspirar al poder sobre la Iglesia. La Iglesia en la Rusia medieval tenía su propio zar —su ungido— pero ese zar vivía en Constantinopla y para los eslavos orientales su nombre era un símbolo ideal de la unión del mundo ortodoxo — nada más.

Había otro factor de gran importancia. El príncipe en la Rusia

antigua no tenía pleno poder; debía compartirlo con los boyardos, con el ejército y con el consejo. Menos aún podía considerarse como dueño de la tierra. En estas condiciones, hasta fué posible la creación en Novgorod de una democracia cristiana *sui generis*.

Durante todos esos siglos, Rusia vivía en común con la parte oriental del mundo latino, aunque pronto surgieron diferencias religiosas. El Oriente había vuelto hacia ella su cara de rapiña. Sus vecinos no eran los cultos iranios, sino los nómadas tártaros que arrasaban su tierra y exigían la movilización de todas sus fuerzas políticas para la defensa.

El yugo tártaro dos veces secular no puso fin a la libertad rusa, que sólo pereció después de la liberación. Únicamente el zar moscovita, sucesor de los kanes mongólicos, pudo subyugar todas las fuerzas sociales que se oponían a la autocracia. Durante más de dos siglos, la Rusia del Norte, arruinada y humillada por los tártaros, continuó viviendo a su antigua manera, conservando la libertad dentro de los límites locales y, sin duda alguna, la libertad de conciencia política y nacional. El inmoralismo político, consecuencia de la codiciosa dominación ajena, no tuvo tiempo de pervertir a toda la sociedad, la que en su cultura adquiere, por lo contrario, una especial elevación. El siglo XV es un siglo de oro para el arte y para la santidad rusos.

Empero, había una zona de la Rusia medieval donde la influencia mongólica era más decisiva. Primero no es más que un punto en el mapa, después una mancha siempre creciente que en dos siglos llega a cubrir toda la Rusia oriental. Es Moscú, la "unificadora" de la tierra rusa. Debiendo principalmente su elevación a la política filo-tártara de sus príncipes, Moscú asegura la paz y la tranquilidad a su territorio, atrae a la población trabajadora y logra obtener el apoyo del Arzobispo. La bendición de la Iglesia, que ahora se hace nacional, consagra los éxitos de una diplomacia dudosa. Los arzobispos, súbditos de Moscú, empiezan a identificar su oficio con los intereses de la política moscovita. La Iglesia aún está por encima del Estado, es ella quien lo guía en la persona del Arzobispo Alejo (nuestro Richelieu). La liberación nacional ya no está lejos.

La misma unificación de los feudos se lleva a cabo por métodos orientales poco semejantes al proceso contemporáneo de liquidación del feudalismo occidental. Toda la capa superior de la población de los pequeños principados es trasladada a Moscú y reemplazada por elementos extranjeros.

Pero la Rusia antigua no cedió a Moscovia sin lucha. Gran parte del siglo XVI está lleno de disputas ruidosas y regado con la sangre de los vencidos. Los "Ancianos del Volga" (que representaban la tendencia espiritual y contemplativa de la Iglesia Rusa) y la aristocracia feudal intentaron proteger la libertad espiritual contra la ortodoxia mongolizada. La Iglesia se dividió en los servidores del Reino de Dios y en los constructores del reino de Moscú. Vencieron los últimos. El "progreso", en aquel momento, significaba paradójicamente la servidumbre. El pueblo no apoyó a los boyardos y se entusiasmó con Juan el Terrible. Las razones son claras. Son siempre las mismas cuando el pueblo apoya al despotismo contra la libertad — en los tiempos de Augusto y en los nuestros: lucha de clases y orgullo nacional. El pueblo tenía de sobra razones para quejarse de su dependencia de los antiguos señores y no se imaginaba que el poder de la nueva nobleza creada por Juan había de traerle la servidumbre de la gleba. Y no cabe duda de que estaba hechizado por el espectáculo de la caída de los reinos tártaros ante el zar de Moscú. Rusia, que ayer era tributaria de los tártaros, se transformaba en un gran imperio oriental.

La autocracia moscovita, a pesar de su homogeneidad aparente, tiene un origen complejo. El soberano moscovita, como príncipe de Moscú, era el "hacendado" de la tierra rusa (así se llamaron los zares, inclusive Nicolás II). Pero también era el sucesor de los kanes-invasores y del emperador de Bizancio. Esta fusión de ideas y de medios de gobernar tan opuestos creaba una autocracia muy rara, si no única, en la historia. El emperador bizantino era en principio un magistrado que se sometía

voluntariamente a sus propias leyes, mientras que el zar moscovita no se sentía limitado por ley alguna. Por otra parte, el autócrata oriental, que no se somete a esta ley, está ligado por la tradición, especialmente por la tradición religiosa. En Moscú, Juan el Terrible y luego Pedro el Grande demostraron que tampoco la tradición limitaba al zar moscovita.

Todas las clases de la nación estaban ligadas al Estado por el trabajo reglamentado o las obligaciones militares. Un hombre de profesión libre era algo inimaginable en Moscú — con excepción de los bandoleros. La Rusia antigua había conocido mercaderes y artesanos libres. Ahora, la servidumbre de la gleba se hace general precisamente cuando desaparece en Occidente. Todo el proceso de desarrollo histórico en Rusia es contrario al que vemos en Occidente: es un desarrollo que parte de la libertad para llegar a la servidumbre. Esta servidumbre no fué motivada por el capricho del soberano sino por el nuevo programa nacional: la creación de un imperio sobre una base económica muy parca. Sólo gracias a una tensión general, una disciplina de hierro y muy duros sacrificios podía seguir existiendo un Estado pobre, bárbaro, pero siempre creciente. Hay razones para creer que el pueblo, en los siglos XVI y XVII, comprendía mejor las necesidades y la situación general del Estado que más tarde, en los siglos XVIII y XIX. Consciente o inconscientemente escogió entre el poderío nacional y la libertad. Por eso le incumbe la responsabilidad de su destino.

En la escuela tártara, al servicio de Moscú, se forjó un tipo especial de hombre ruso — el tipo moscovita, históricamente el más fuerte y estable entre todos los muy cambiantes que asume la personalidad rusa. Psicológicamente este tipo es una fusión del ruso norteño con el nómada de la estepa, moldeado en las formas de un cristianismo práctico. Lo que se nota en él, especialmente si lo comparáramos con el ruso del siglo XIX, es su extraordinario poder de resistencia. Este heroísmo pasivo y de inagotable capacidad para el sacrificio constituyó siempre la gran fuerza del soldado ruso. La concepción del mundo del hombre ruso moscovita

se simplificó en extremo; hasta en relación con el ruso medieval, el moscovita es un primitivo. No razona y acepta confiadamente varios dogmas sobre los cuales funda su vida moral y social. Empero, en la religión misma hay algo para él más importante que el dogma. El rito, repetición periódica de ademanes, inclinaciones, fórmulas consagradas, es el lazo que impide que la vida se disgregue en caos; hasta le comunica cierta belleza formal. Pues el hombre moscovita —como el hombre ruso en todas sus encarnaciones— no carece de sentido estético. Sólo que ahora su estética se hace pesada.

En Moscú la fuerza moral, como el sentido estético, se manifiesta en su aspecto de pesadez. La pesadez por sí misma es neutral, estética y éticamente. Tolstoy es pesado; Pushkin, liviano. Kiev había sido liviano, pesada era Moscú. Se comprende que en este mundo no había lugar para la libertad. La sumisión era el más alto ideal monacal. La libertad para el moscovita era más bien un concepto negativo, sinónimo de licencia, impunidad, indecencia.

Si existía aún en Moscú anhelo de libertad, era entre los odiados boyardos. A pesar de haber sido diezmada por Iván el Terrible, la aristocracia trata repetidamente de implantar una constitución para limitar el poder de los zares Basilio, Vladislav, Miguel (el primer Romanov). Los zares prestaron juramento, besando la cruz, pero el pueblo no apoyó estas tentativas, pues en las desgracias periódicas de los boyardos veía su única protección, o acaso venganza.

Moscú no es simplemente en la historia de Rusia un período de dos siglos que termina con Pedro el Grande. Para las masas del pueblo que permanecieron ajenas a la cultura europea, el modo de vivir moscovita continúa hasta la abolición de la servidumbre (1861). Por otro lado, durante su existencia turbulenta Moscú había elaborado un tipo de cultura de extraordinaria unidad, no alcanzada en Kiev, ni en Petersburgo. Desde el palacio del zar hasta la más pobre choza, era idéntico el contenido de la cultura rusa, idénticos sus ideales. Las diferencias eran únicamente cuantitativas. Esta unidad comunica al tipo moscovita su

estabilidad. Para muchos llegó a ser el símbolo de lo ruso. En todo caso, sobrevivió no sólo a Pedro, sino al florecimiento del europeísmo ruso; se conservó en las honduras de las masas del pueblo hasta la revolución.

Es harto sabido que en Rusia, desde la época de Pedro, existían dos pisos culturales. Había una honda diferencia entre la delgada capa de los que vivían de la cultura occidental y la masa del pueblo, que espiritual y socialmente se habían quedado en Moscovia. Más impenetrable que la diferencia de clase que existía entre la nobleza y los campesinos era la pared de incomprensión entre la *inteligentsia* y el pueblo, la cual quedó en pie hasta el fin. Sorprende con qué facilidad los escitas rusos hacían suya la civilización ajena. La asimilación no era pasiva, sino activa y creadora. A Pedro, Rusia contesta con Domonósov; a Rastrelli, con Zajarov y Voroníjin. Sólo ciento cincuenta años después de la reforma de Pedro asistimos al brillante florecimiento de la ciencia rusa.

Este desarrollo extraordinario de la cultura rusa sólo fué posible gracias al injerto de la cultura occidental. Pero el hecho mismo demuestra que había entre Rusia y Occidente cierta similitud; de otro modo el elemento ajeno hubiera lisiado y destruído la vida nacional. Es que debajo del orientalismo del tipo moscovita quedaban las capas de la Rusia kieviana y novgorodiana, y en ellas se hacía fácil y libremente el intercambio de valores espirituales con el Occidente cristiano. Junto con la cultura, la ciencia y el nuevo estilo de vida, también llega de Occidente la libertad. Y bajo dos formas: emancipación de hecho en las costumbres y movimiento libertario político.

Generalmente se hace poco caso de esta libertad en el modo de vivir, de la cual disfrutaba la sociedad rusa desde Pedro y que por largo tiempo le impidió notar la falta de libertad política. La corte de San Petersburgo quería modelarse sobre las de Potsdam y Versalles y el zar mosco-

vita de ayer, heredero del kan y del basileus, se consideraba como soberano europeo — absoluto como la mayoría de sus primos europeos, pero ligado por un nuevo código de moral y de decencia. Si le sucedía olvidarlo, arrebatado por la tentación de la autocracia, la nobleza no tardaba en recordarle la necesidad de un comportamiento decente, y así logró que el emperador hablara de sí mismo como del primero entre los nobles. Los agentes del gobierno seguían el ejemplo que venía de arriba.

La ley de la emancipación de la nobleza (1762) la libertó de todo servicio obligatorio hacia el Estado. Ahora podía consagrar su tiempo a la literatura, al arte, a la ciencia. Gracias a la participación de la nobleza en estas profesiones, también las profesiones se emancipan; se convierten en profesiones libres y se llenan de nuevos elementos de todas clases, principalmente de hijos de clérigos. Del núcleo aristocrático se desarrolla la *inteligentsia* rusa — la que hasta el fin queda ligada a la nobleza tanto por sus virtudes como por sus vicios. Rusia fué el único país (con excepción de China) donde la educación ennoblecía. La enseñanza secundaria —y aun menos— transformaba al campesino en señor, es decir en hombre libre, protegía hasta cierto punto su persona del antojo de las autoridades, y le garantizaba un tratamiento cortés hasta en la cárcel. Esta Rusia petersburguesa era como una isla en medio del mar moscovita, pero una isla que no cesaba de crecer, especialmente después de la emancipación de los campesinos. En el siglo XVIII su población se cuenta por miles, por millones a principios del siglo XX. En realidad, la urbanización de las costumbres constituye la conquista cultural más importante del período del Imperio, y esta conquista es un fruto de la europeización.

El destino de la libertad política fué mucho más amargo. Parecía tan cercana y realizable en el siglo XVIII y a comienzos del XIX... Después empezó a alejarse y, en los reinados de Alejandro III y hasta Nicolás II, ya sólo fué una quimera, un sueño irrealizable. Cuando vino, por fin, era demasiado tarde, pues la monarquía había perdido su prestigio en todas las clases del pueblo.

El liberalismo político ruso estuvo durante largo tiempo, posiblemente hasta 1905, representado por la nobleza. A pesar del esquema marxista, no fué la burguesía la que preparó la emancipación. La nobleza, no en su masa inerte y poco culta, sino en sus capas superiores europeizadas, fué la única en expresar su anhelo de libertad. Más aún: durante todo el siglo XVIII y principios del siglo XIX, los constitucionalistas rusos eran casi exclusivamente grandes señores. Primero los inspira Suecia, con su constitución aristocrática; luego viene la época de las ideas políticas francesas e inglesas. Es muy probable que si toda Europa, en el siglo XVIII, hubiera consistido en monarquías constitucionales, Rusia hubiera también adoptado esta forma de gobierno junto con los demás elementos de la cultura occidental. La revolución francesa obstaculizó el proceso. El viento político trajo la reacción y, además, los emperadores rusos tenían pocas ganas de subir al cadalso y repetir los gestos de sus primos europeos.

El análisis histórico del siglo XVIII demuestra que la mayor parte de la nobleza quería limitar la autocracia, pero no lo deseaba lo bastante como para vencer su propia desorganización. En resumen: prefirieron la igualdad de una servidumbre general a las prerrogativas otorgadas a los grandes señores. En vez de afirmar la libertad para algunos (los grandes señores) y luego luchar para extenderla a toda la nobleza y poco a poco a toda la nación —único camino histórico posible— prefirieron la sujeción de todos. Tan fuerte es todavía el espíritu de Moscú.

La tragedia de la situación política rusa se expresa por la fórmula siguiente: la libertad política sólo puede ser una prerrogativa de la nobleza y de las capas europeizadas (*inteligentsia*). El pueblo no la precisa; más aún, la teme, pues ve en la autocracia el mejor obstáculo a la opresión de los señores. La emancipación de los campesinos no bastaba para solucionar el problema, pues los millones de ciudadanos iletrados, que vivían prácticamente en la Edad Media, no estaban preparados para crear una nueva Rusia europeizada. Su voluntad política, si hubiera podido exteriorizarse, habría traído la liquidación del espíritu

petersburgués (escuelas, hospitales, agronomía, fábricas, etc.) y la vuelta a Moscovia, es decir, la transformación de Rusia en una colonia extranjera. Un acuerdo entre la monarquía y la nobleza era la sola posibilidad de llegar a una libertad política limitada. La revolución francesa con su repercusión política —la rebelión del 14 de diciembre de 1825— hizo imposible tal acuerdo. Había que resignarse a gobernar a Rusia con la ayuda de la burocracia, la cual llegó a ser un nuevo e importante factor desde el reinado de Nicolás I.

Desde la rebelión de diciembre, las ideas libertarias empiezan a ser asimiladas y desarrolladas por hombres ajenos a toda actividad oficial administrativa. Este hecho cambia por completo el carácter de esas ideas; en vez de programas prácticos, se transforman en ideologías. A partir de 1830, crecen primero en los invernáculos de la filosofía alemana, después en los de las ciencias naturales y económicas. Pero su origen sigue siendo europeo; el liberalismo ruso, como su socialismo, tiene raíces espirituales en Europa: ya sea en la tradición política inglesa, ya en la ideología francesa —esta vez de 1840—, o en el marxismo.

Los años sesenta, que hicieron tanto por la emancipación de Rusia, asestaron un rudo golpe al movimiento libertario político. Dirigieron a los elementos más enérgicos hacia un cauce anti-liberal. Las masas que empiezan a incorporarse a la *inteligentsia* no encuentran en la libertad política un ideal bastante atrayente. Quieren una revolución que realice inmediatamente en Rusia la igualdad general — aunque sea al precio de la liquidación de las clases privilegiadas (los famosos tres millones de cabezas). Emprenden una lucha despiadada contra el liberalismo de la nobleza, incluso contra el socialismo liberal de Herzen. Esta nueva *inteligentsia* estaba más cerca del pueblo que los liberales. Sabía que la libertad no tenía ninguna significación para él; que era más fácil hacerlo levantarse contra los señores que contra el zar. Sin embargo, su corazón latía a compás con el corazón del pueblo; a éste también la igualdad le atrae más que la libertad, como ya había sucedido con la nobleza un siglo antes. Otra vez se manifiesta la herencia de Moscú.

Sin embargo, el medio siglo que siguió a la Emancipación cambió todo el aspecto de Rusia. La *inteligentsia* no cesaba de multiplicarse y ya surgía a su encuentro una *inteligentsia* obrera y campesina, que a veces llevaba en la cresta de su ola figuras tan vívidas en la cultura rusa como Gorki o Chaliapin. En 1905 parece colmarse la brecha entre el pueblo y la *inteligentsia*: el pueblo, que había perdido su fe en el zar, confió a la *inteligentsia* la dirección de la lucha por la libertad. Cincuenta años más, y la europeización definitiva de Rusia hubiera abarcado al pueblo entero, hasta en sus capas más hondas. Pero esos cincuenta años no le fueron otorgados.

El primer encuentro del alma moscovita con la cultura occidental siempre asume una forma nihilista; la destrucción de los fundamentos antiguos precede los resultados positivos de la educación. Con la fe religiosa y monárquica, el ruso perdió también las bases de toda ética personal y social. Después del fracaso de la revolución de 1905 y el apuro manifestado por la *élite* cultural en alejarse del pueblo, se observa entre ellos una nueva enemistad. En sus artículos casi proféticos, Alejandro Blok oía crecer el fragor del odio popular que amenazaba sumergir nuestra brillante pero tan frágil cultura. En esta perspectiva la nueva etapa del desarrollo de Rusia parece una carrera a quién llegará primero: la europeización libertaria, o bien la rebelión moscovita, esa ola de ira popular que hundirá a la joven libertad.

La revolución rusa, en sus veintiocho años de triunfante si bien penosa existencia, ha pasado por una enorme evolución, ha dado muchas vueltas en su camino, ha cambiado más de una vez de líderes. Pero en ella hay algo inmutable: el siempre creciente ahogamiento de la libertad. Parecía que no se podía ir más allá de la dictadura totalitaria de Lenin. Pero en los tiempos de Lenin los mencheviques podían continuar legalmente su lucha contra los soviets, existía libertad de discusión dentro del partido, la literatura y el arte estaban poco afectados. Ahora todo esto

parece extraño. No es que Lenin —contrariamente a Stalin— fuese amigo de la libertad. Sin embargo, para un hombre que había vivido en la atmósfera del siglo XIX existían, aunque mucho menos que para los zares autócratas, ciertas leyes tácitas en forma de costumbres o de inhibiciones, que limitaban el despotismo. La revolución tuvo que vencerlas paso a paso.

Hay otro hecho más amenazador. A medida que disminuye la libertad, cesa la lucha por ella. Terminada la guerra civil, la libertad desaparece de los programas de los movimientos de oposición — mientras aún existían tales movimientos. No son pocos los ciudadanos soviéticos que hemos encontrado en el extranjero — estudiantes, militares, emigrados de nueva formación. Casi nadie manifiesta añoranza por la libertad o alegría al respirarla. La mayoría hasta encuentra penosa la libertad del mundo occidental; le parece desorden, caos, anarquía. Les sorprende desagradablemente la confusión de las opiniones en la prensa — ¿no es una verdad? Les choca la libertad de los obreros, las huelgas, el ritmo liviano del trabajo. "Hicimos pasar a millones por los campos de concentración para enseñarles cómo se trabaja" — he aquí la reacción de un ingeniero soviético al visitar una fábrica norteamericana. Y es que él mismo viene del taller, es hijo de obreros campesinos. En la U. R. S. S. se aprecia la disciplina y la compulsión y no se cree en el valor de la iniciativa privada; y esto no sólo para el partido sino para los millones de la nueva *inteligentsia* creada por él.

No es sólo el sistema totalitario de educación, a pesar de toda su fuerza, el responsable de la creación de este hombre antiliberal. Hay otro factor social y demográfico. La revolución rusa fué una tajadera jamás vista en la historia, por la que pasaron muchos millones de seres humanos. Como había sucedido en la revolución francesa, la inmensa mayoría de las víctimas venía del pueblo. No toda la *inteligentsia* fué destruída; los cuadros necesarios fueron parcialmente conservados. Pero con toda su ceguera, es indudable que la máquina terrorífica degollaba primeramente a los elementos que representaban una oposición moral

al totalitarismo: liberales, socialistas, hombres de convicciones firmes o de pensamiento crítico, o simplemente independiente. No sólo pereció la antigua *inteligentsia* con su tradición de amor por la libertad y el pueblo, sino también la masa de *inteligentsia* popular creada por ella. O, más bien, se hizo una selección: la *inteligentsia* popular se hendió en dos— una parte se incorporó al partido comunista, la otra (socialistas revolucionarios mencheviques) fué destruída. La *inteligentsia* pre-revolucionaria no se dejó tentar por el bolcheviquismo. Pero aquellos que no quisieron morir o emigrar, debieron durante años de inauditas humillaciones matar en sus almas el mismo sentido o anhelo de libertad; de otro modo, la vida no hubiera sido soportable. Se transformaron en técnicos que viven de su trabajo preferido, ahora privado de alma. Al escritor le es igual lo que escribe, solo le interesa *cómo* lo hace; por eso puede aceptar cualquier "encargo social". El historiador recibe sus esquemas confeccionados por Dios sabe qué comités; sólo le queda bordar el diseño con esmero y competencia. En resumen, no es exageración decir que toda la *inteligentsia* liberal que se formó en los doscientos años del Imperio desapareció por completo. Y entonces empezó a asomar, desde abajo, la tierra virgen totalitaria moscovita. El nuevo hombre soviético no fué modelado por el marxismo — más bien se escurrió de Moscovia, habiendo primeramente adquirido cierto bruñido marxista.

Examinemos los rasgos del hombre soviético; no de aquel, desde luego, que se amontona en el fondo de los *koljoses* o en las fábricas o en los campos de concentración, sino del que construye la vida. Es muy fuerte física y espiritualmente, muy íntegro y sencillo, vive como se le indica y ordena, no le gusta pensar y dudar, aprecia la experiencia práctica y científica. Es fiel al poder que lo alzó de abajo y le dió autoridad sobre las vidas de buena parte de sus conciudadanos. Es muy ambicioso y bastante indiferente al sufrimiento ajeno — condiciones imprescindibles para adelantar en la Unión de los Soviets. Pero está dispuesto a matarse de trabajo y su mayor ambición es sacrificarse por la comunidad — partido o patria, según los tiempos. ¿No reconocemos en él al funcionario mos-

covita del siglo XVI? Se presentan otras analogías históricas: con el oficial fanático del tiempo de Nicolás I, pero sin el humanismo de una educación europeizada y cristiana; con los colaboradores de Pedro, pero sin su manía occidentalista y sin renunciar a su nacionalidad. Está más cerca del moscovita por su orgullo nacional; su país es el único: cristiano para aquél, socialista para éste, el primero en el mundo, la tercera Roma. Mira con desprecio al mundo occidental; no lo conoce, no lo quiere; lo teme. Y, como antes, su alma está abierta al Oriente. Numerosas "hordas" reciben la civilización y se incorporan a las capas cultas, orientalizándolas por segunda vez.

Parece extraño hablar del tipo moscovita en relación con el dinamismo de la Rusia moderna. Sí, es Moscú; Moscú puesta en movimiento, con su antigua pesadez, pero sin su inercia. Empero, este movimiento sigue una línea de construcción material, de desarrollo técnico. Ni el corazón ni el pensamiento están hondamente afectados; no hay vestigios de lo que los rusos llamamos vagancias espirituales y los franceses *inquiétude*. Detrás del movimiento turbulento externo (siempre de carácter seudo-militar) reina una tranquilidad interna inalterable.

Desde aquí observamos con apasionada curiosidad la evolución del hombre soviético a través de la convencional literatura que le encarga el Estado. Con alegría, incluso con enternecimiento, notamos el asomo gradual de rasgos humanos en la máscara de hierro del *robot* bolchevique de los años veinte. La guerra trajo consigo, como es natural, la apología de la venganza y de la crueldad. Pero también despertó la ternura que dormía en el corazón del soldado hacia su patria humillada, su mujer, su madre. Hasta ahora, no se nota ningún despertar del sentimiento religioso. La nueva política religiosa (*NRP*) queda dentro de los límites de la política pura. Pero ésta también llegará con el tiempo, si la religión es una necesidad eterna del hombre. Algún día el hambre metafísico despertará en este ser primitivo que hasta ahora vive del culto de la máquina y de su pequeña dicha personal.

¿Será coronada esta evolución interna por el renacimiento de la

libertad? A esta cuestión, la experiencia histórica parece dar una respuesta negativa. La libertad, en el sentido social y político, no pertenece a los elementos universales e instintivos de la sociedad humana. Sólo el Occidente cristiano concibió en su trágica Edad Media este ideal y lo realizó en los últimos siglos. Sólo en sus relaciones con el Occidente, durante el período del Imperio, Rusia se incorporó este ideal y trató de reconstruir su mundo sobre esta base. La conclusión parece ser que si el cadáver totalitario puede renacer a la libertad, el agua viva deberá otra vez buscarse en Occidente.

Si el sol de la libertad —contrariamente al astronómico— se levanta en Occidente, debemos todos pensar seriamente en las vías y posibilidades de hacer penetrar su luz hasta Rusia. Una de las condiciones esenciales —las relaciones personales— está ahora muy facilitada por la guerra. Para la emancipación de la U. R. S. S., la guerra es un factor ambivalente. Su final victorioso consolida el régimen, demostrando por la experiencia ganada en los campos de batalla su superioridad en comparación con la debilidad de las democracias. Pero, por otro lado, la guerra brinda a millones de soldados rusos la posibilidad de un contacto personal con el Occidente. Para que las ideas democráticas puedan imponerse a los moscovitas, se precisan dos condiciones, que en definitiva son una. El Occidente debe encontrar en sus ideales las bases para una solución más humana del problema social, que hasta ahora —en bien o en mal —sólo fué resuelto por la dictadura. Además, el hombre de Moscú debe encontrar en su nuevo camarada —el soldado democrático— la misma fe en el ideal de libertad que él mismo tiene en el ideal comunista. Esto significa para el demócrata un rechazo absoluto de toda tiranía, bajo cualquier bandera que se presente. Nuestros antepasados, en sus relaciones con los extranjeros, se avergonzaban de la autocracia rusa y de la servidumbre del campesino. Si hubieran encontrado en todas partes la misma adulación a su zar ruso, como la que se manifiesta ahora en Europa y en América a Stalin, no se hubieran dado cuenta de los defectos de su régimen. Los aduladores de Stalin y de

la Unión Soviética son actualmente los peores enemigos de la libertad rusa. En otras palabras: sólo luchando por la libertad en todos los frentes mundiales, internos y externos, sin cualquier discriminación o traición, se puede contribuir a la posible —aunque todavía muy lejana— liberación de Rusia.

G. P. FEDOTOV

PAISANO MUERTO EN EL RÍO

ACORDE FINAL

De las guitarras nace. Se despide
y ellas le tienden lágrimas al paso.
Lo ven partir, lo aclaman las bordonas,
le quieren decir algo.

Cuando se aleja, el viento lo repite
y lo vuelve a encontrar el encordado.
Allí le crece el ala que lo lleva
rumbo al cielo y cantando.

(¿Qué claridad defiende tu evidencia
y en qué luz amaneces sin descanso?)

Mozo al galope por un aire verde
—ora facón, ora clavel la mano—
tan alto a veces que no encuentran suelo
los cascos del caballo.

Ademán de la historia, con la patria
vuelta vidala y flor entre los labios.
La libertad le brota de la diestra
banderas de entusiasmo.

Si mira atrás, cien años de trigales
alzan su lumbre allí por saludarlos
mientras un claro cielo los escolta
y los llena de pájaros.

(Arráncate ese trébol de los ojos
y ese clarín que ofende tu costado.)

No quieren creer los ojos de la tarde
—niebla en otoño, fiebre en el verano—
que nunca acaben de cruzar el tiempo
caballero y caballo.

No quieren creer que un trino los sostenga,
que se les vuelva eternidad el pago
y que el mismo galope en que se pierden
los traiga del pasado.

(Dices adiós, dices adiós y el río
llora hacia ti sus sauces desde abajo.)

Decrecen las guitarras. El olvido
olvida un palomar, apaga un árbol,
echa a pedir su verde fenecido,
su rostro deshojado.

Con el último acorde vuelve el viento
a ser viento otra vez entre los álamos.
Apenas si un rumor lo contradice,
cada vez más lejano.

(Que en flor descanses, pulso del olvido,
caballero entre nubes. Solitario.
Mi corazón te acompañó a su modo:
por la tierra y volando.)

JUAN G. FERREYRA BASSO

SONETO CASI UNA ELEGÍA

Cielo de leve otoño te pedía.
La tarde, triste, te llevó primero
cerca del río gris, tu compañero.
Agua para tu mano, profecía.

Débil como la sombra que crecía
detrás del árbol, fuiste ya un ligero
color de rosa desvelada pero
con soledad entera y agonía.

Entre la incertidumbre del paisaje
dormiste, y el camino de tu viaje
trazaron las estrellas. Blando trigo

fué tu cabello en manos del pausado
viento que te guardaba y, a tu lado,
el sauce te lloró como un amigo.

RAÚL GUSTAVO AGUIRRE

EL OTRO LABERINTO

Primera Parte

dissimulare velis, te liquet esse meum.
Ovidio, *Tristia*, III, III, 18.

I

No sin alguna injusticia, Anthal Horvath pensó: "Es como si detuviera el tiempo, o como si yo no hubiera estado en París; antes de irme, hablaba de esto; ahora sigue hablando. Insiste en este episodio del pasado; olvida el presente." Pero él mismo no podía sospechar la terrible aventura que los esperaba. Esta es la nota que leyó:

En 1604, en una habitación de la posada del Túnel, apareció un hombre muerto. Nadie lo vió llegar. Nadie lo conocía. Las autoridades otomanas expusieron el cadáver en la feria levantada al pie de la ciudadela, en el Gellertheggy; durante tres días y tres noches, el pueblo de Buda, en una larga fila, como un río de silencio en el estrépito de la feria, pasó ante el cadáver. Nadie lo reconoció. Estaba ataviado con una capa oscura, unos pantalones ajustados y unas sandalias de cuero. Parecía de condición humilde: no tenía peluca ni espada. Era corpulento, no obeso. En un bolsillo de la capa se encontró un manuscrito: las autoridades declararon que se trataba de una biografía del muerto, increíble y poco interesante. Pero conviene recordar que las autoridades eran turcas, y que, según ellas mismas, la biografía estaba redactada en

un indeterminado dialecto húngaro. La circunstancia de que el idioma empleado no fuera el osmanlí, o por lo menos, el latín, las convenció de que el redactor debió de ser una persona de luces mediocres. Sobre el aspecto material del documento dejaron observaciones precisas: constaba de veinticuatro páginas escritas de un solo lado, en parte en líneas cruzadas; el papel era terso y brillante, y la tinta, misteriosa (los trazos parecían hechos con tinta, pero no se advertía en ellos ningún rastro de tinta; entre ellos y el resto de la página no había ninguna diferencia de nivel). Se dijo que esas veinticuatro páginas fueron enviadas a Constantinopla, para que las examinara una comisión de físicos y de poetas; desde entonces no hay noticias del manuscrito, que se considera perdido para la ciencia occidental. Sin embargo, de tarde en tarde surge algún investigador con la romántica esperanza de recuperarlo.

En el cadáver no había signos de violencia. La única puerta de la habitación estaba cerrada con pasador (corrido desde adentro); la ventana estaba cerrada; no había otras aberturas en la habitación. Las autoridades declararon que no se trataba de un asesinato.

El pueblo no creyó que esta declaración fuera veraz. El muerto parecía húngaro. En la posada vivían algunos funcionarios de la administración otomana. El pueblo agradeció esta declaración, porque las autoridades otomanas lo responsabilizaban de los crímenes en que no aparecía el culpable, y lo castigaban con imparciales matanzas.

Anthal Horvath se detuvo frente al espejo. Tiernamente deslizó los dedos por su cara rasurada y pensó: "En los crepúsculos de la noche y de la mañana, en interiores tenebrosos o con mujeres miopes, seré afortunado." Era alto y flaco, y la excesiva benevolencia de su rostro tendía a relegarlo, en la opinión de los hombres, al olvido y a la trivialidad.

Se alojaba en un antiguo pabellón, en la vasta casa de István Banyay (o, más exactamente, de los padres de éste). El pabellón, hasta mediados del siglo XVIII, fué la posada del Túnel. Estaba situado en los

fondos del jardín, sobre la calle Logody y a unos cincuenta metros de la casa principal. Tenía dos pisos; en el piso bajo estaban instaladas las cocheras; en el superior había dos cuartos amplios y algunas dependencias. Uno de los cuartos estaba siempre cerrado; lo llamaban "el museo", y contenía los innumerables objetos que había acumulado un tío abuelo de Banyay en su laboriosa vida de implacable coleccionista. Ahí, amontonados en la penumbra, yacían relojes que eran como extensos pueblitos, con muñecos y casas; armonios de ébano iluminados por artistas del siglo XVIII, que al menor contacto prorrumpían en músicas minúsculas y denodadas; rudimentarios instrumentos de óptica, de astronomía y de tortura (entre estos últimos, una versión turca de la *demoiselle)*; un ajedrez en cuyo tablero todas las aperturas posibles transcribían por símbolos "todas las historias y todas las leyendas conocidas" sobre el origen del juego; uno de los veinticuatro gorilas de loza de tamaño natural, que el gobierno de Prusia obligó a comprar a Moisés Mendelssohn en el día de su boda; una muñeca rusa, fechada en 1785, en Stuttgart, que incluía, superpuestos, doce avatares del Judío Errante (y que es una prueba de que esta leyenda es anterior al siglo XIX); un billar con muñecos jugadores y donde las partidas se desarrollaban primero en un sentido y después en el inverso, fabricado por el inglés Phillip, "relojero de Hume" y "mono del Papa Silvestre II"; la paloma de madera y la mosca de bronce construídas por Regio Montano (ejemplares apócrifos); un servicio de porcelana que ilustraba la historia del Janato Mongol de la Horda de Oro... Según Anthal Horvath, la visión de ese cuarto producía una desilusionada tristeza como si allí estuviera todo el pasado, como si desde allí acecharan todas las esperanzas, todas las frustraciones y todas las modestas locuras de los hombres. El otro cuarto era el de Banyay: el dormitorio, el escritorio, el salón de recibo, la biblioteca. Ahora, aprovechando la ausencia de sus padres (que estaban en uno de los establecimientos de campo, en Nyiregyhaza o en Nagy-Banya), se

había mudado al edificio principal y había cedido a Anthal Horvath su cuarto en el pabellón del jardín. Después de una larga permanencia en París, Horvath, su amigo de toda la vida, estaba de regreso en la patria, casi famoso y totalmente desacreditado.

Anthal pensaba en Banyay y en la nota que éste le había dejado. Pensaba: "Hay una curiosa propensión a dar importancia a cuanto nos atañe. Una idea confusa, porque es nuestra, nos parece un argumento interesante; un antepasado, porque es nuestro, nos parece un honor. Durante toda su vida, István estuvo atento a esa muerte acaecida hace trescientos años. La clave de esta locura es que el hecho ocurrió en su casa. Pero tiene razón Madeleine: es una locura y los amigos debemos ayudarlo a reaccionar... István cree que esa historia es una apasionante novela policial y no comprende por qué no la aprovecho. No conoce las reglas del género: que la acción ocurra en ese incomparable París del Segundo Imperio o, al menos, en las brumas de Londres; que la *Sureté* no se omita. Sin embargo, István no es tonto. Quizá deba atender sucesivamente a cada cuestión y no sobresalga por la habilidad para establecer relaciones y comparaciones; pero, dirigido, es capaz de esfuerzos de sutil y, aun, de profunda inteligencia; sin ayuda de nadie tiene poderes sobrenaturales."

Anthal Horvath, cuando se acordaba, era pomposo y exaltado. Consciente de su pobreza, inseguro de su apariencia física, sólo aspiraba a la superioridad intelectual. Inescrupulosamente, quizá groseramente, procuraba ejercerla. Creía que su inaptitud para formular en la conversación rápidas frases afortunadas era, apenas, una desventaja secundaria.

Ahora llegaba de París, con algún prestigio como novelista farragoso y desmedida soberbia, resuelto a desdeñar a los escritores húngaros, jóvenes y viejos; a defender la escuela de Fortuné de Boisgobey y a vilipendiar a Émile Gaboriau; a cumplir, con afán abrumador pero no visible, los abundantes pedidos de novelas de algunas editoriales célebres por no

pagar a los autores; a conferir a Banyay, como de costumbre, una generosa protección intelectual y a tolerar de éste la protección económica; a recordar a Madeleine.

En París había sido el abnegado y ahorrativo secretario de uno de los tíos tutelares de István, el conde Banyay. Ese honroso empleo duró tres años, hasta la brusca, misteriosa e irremisible decisión de los curadores del conde. István, al acoger ahora en la casa de sus padres al amigo de toda la vida, ofendía gravemente a la familia.

Horvath limpió la navaja, la secó. Murmuró: "Realmente, empieza a faltar el aire." Caminó hasta la ventana, se detuvo. Volvió a hablar: "El aire de afuera, en los interiores, es peligroso". Una tumultuosa impaciencia lo urgió a salir.

Recordó los versos de Juan Aranyi:

No busques el Jardín del Paraíso:
El abismo arde ya en tu corazón
O florece la paz, que a tu alma educa.

Pensó: Lucha contra los austríacos. Lucha contra los magiares. No dejaré que me envuelvan. No recaeré en estas pasiones. No condescenderé a morir por estas fantasmagorías provinciales. Mis amigos, que se mueven como poseídos, que son las irresponsables máscaras de esta pesadilla local, no apagarán en mi corazón el fuego... Declamó a gritos:

O florece la paz, que a tu alma educa.

Se abrió la puerta. Penetró, silencioso y enorme, István Banyay. Con dominada furia Anthal Horvath pensó que Banyay lo sorprendía, por primera vez, en una situación ridícula.

Banyay lo miró con ansiedad, se meció levemente, como para tomar impulso, y dijo por fin:

—La nota.

Cuatro días antes le había dejado la nota; ahora venía a buscarla. Horvath comprendió que su amigo ya no quería cederle ese episodio. Habló con fingida aspereza:

—No me sirve—. Y agregó en un tono más cordial—. Tengo varios argumentos entre manos.

—Es una lástima —dijo Banyay—. Habrías escrito una obra magnífica.

—Mi especialidad —respondió Horvath— son los grandes episodios internacionales: el *gentleman cambrioleur*, el *wagon-lit*, la Riviera. Dentro de un marco meramente nacional me sofoco. Tal vez tú puedas...

—Tal vez —reconoció con dificultad Banyay—. Además tengo una buena noticia para ti: he hallado el manuscrito perdido, la biografía del hombre cuyo cadáver apareció en la posada del Túnel. Apenas la he mirado, pero sospecho que es interesante. Pienso que una edición crítica de esa biografía tal vez no exceda mis... Pero quiero saber tu opinión: ¿te parece que estoy preparado para ese trabajo?

—¿Tú mismo encontraste el manuscrito? — preguntó Horvath.

Banyay abrió inmensamente los ojos; su expresión fué dulce y cándida, y su mal agitada voz prorrumpió con fluidez:

—Yo mismo, no. El profesor Liptay me lo señaló. Lo encontró casualmente en los archivos de la universidad.

Aliviado, Horvath habló con vehemencia:

—Quiero saber cómo van tus trabajos para la *Enciclopedia Húngara*. Quiero hablar de Francia, quiero hablar de Madeleine. Una muchacha francesa; ¿comprendes por qué no quiero complicarme en las miserias

locales? Piénsalo bien, István: francesa, en Francia. Pero salgamos a la calle. Me ahogo en este cuarto.

—Como quieras — respondió Banyay recostándose en el sofá. Apoyó en la mano izquierda la enorme cabeza redonda y bajó recatadamente los enormes ojos redondos. Su rostro expresaba una triste, dulce y mal reprimida inquietud. Horvath consideraba con asombro la extraordinaria altura —la extraordinaria verticalidad— de ese cuerpo horizontal. Banyay continuó: — Para la enciclopedia preparo biografías de húngaros del siglo XVII: un conjunto de políticos y militares generosamente matizado con clérigos. Estoy acostumbrado a esa época; las demás se me figuran irreales: la Antigüedad me parece fantástica, la Edad Media, mezquina, el siglo XVIII, groseramente moderno. Si no me vigilo, creo que el siglo XVII es la época natural de la vida humana; más aún, de mi propia vida. Al leer en las obras de consulta las fechas de nacimiento y muerte de cada personaje, cuento los años que han vivido para decidir si a primera vista su biografía me conviene. Me parece más natural ser uno de esos personajes que ser yo, porque yo vivo en el increíble siglo XX.

Horvath oyó en la escalera unos pasos apresurados. Interrogó, inquieto, a Banyay. Éste bajó los ojos.

Entró una muchacha que, según Horvath, era una encarnación del amor de todas las noches de su infancia: una encarnación de la joven florentina de una terracota de Luca Della Robia, que su madre le había mostrado en un deshojado catálogo del museo de Florencia. Esa imagen fué su primer amor, su primer robo, su primer tesoro; después, inexplicablemente, la había olvidado.

Horvath se preguntó con impaciencia: ¿Qué hago? ¿Esperar a que se retire o salir con ella?

Banyay la presentó:

—Palma Szentgyörgyi.

—¿No llegó nadie? — inquirió Palma. En seguida se dirigió a Horvath, que la escuchaba confusamente, aprensivamente—. No agradezca a István este pabellón. Yo soy la perjudicada.

Hablaba en broma, pero Horvath creyó descubrir una dureza esencial. Palma continuó:

—Aquí era más fácil visitarlo.

¿Visitarlo furtivamente? De otro modo la frase no tenía sentido. Este sórdido misterio aumentó su sensación de sofocamiento. Oyó, de nuevo, pasos en la escalera. Anheló salir. Ferencz Remenyi entró.

Ferencz Remenyi de Körösfalva era lo que se llama "un muchacho del ambiente" o, según otra descripción, "un muchacho de buena sociedad". Tenía cabello ondulado, anteojos redondos y, entre la nariz y los labios, una vasta superficie de bigotes. Algunos insinuaban que en su trato con las mujeres era irrefutable; todos reconocían que sus proezas habían contribuído a cimentar la fama que gozaron, hasta hace poco, los carnavales del arrabal de Kelenfold. Intervenía con despreocupado coraje (que Horvath envidiaba) en la lucha contra austríacos y magiares. Horvath decía de él: "Está en la buena causa, pero está por error."

Prescindiendo de las demás personas, Remenyi se detuvo frente a Horvath. De pronto abrió mucho los ojos, abrió los brazos y gritó:

—Viejo, ¿cómo te va?

Se dirigió a las demás personas y habló de Horvath como si éste no estuviera presente. Dijo:

—¿Saben la noticia? Les contó a los editores que sus libros se venden, y lo tienen loco a pedidos.

Resignado, halagado, Horvath contestó:

—Para el viejo Hellebronth, tres novelas policiales; para Orbe, una biografía del poeta inglés Chatterton y una rigurosa novela de peripecias, que se publicará con mi pseudónimo...

—Atención —exclamó Remenyi, continuando el diálogo con los

otros—. Desde París mandó a Hellebronth una novela histórica. Movió a medio mundo. No se publica. Como ven, todo un éxito.

—No he mandado ninguna novela histórica —protestó Horvath—. En París...

Nadie le oía. Remenyi se dirigió a Banyay:

—Sigue el ejemplo de Anthal: ¿quién te dió la idea de sacrificarte en la *Enciclopedia Húngara*, como si pasaras hambre?

Entraron cuatro o cinco personas. Horvath identificó a algunos estudiantes. Alguien expresó la esperanza de que el profesor Liptay asistiera a la reunión. Otro declaró:

—Prefiero que no venga. —Evidentemente, nadie le creía; ni él mismo se creía. Continuó—: Está consagrado a los fines intemporales de la ciencia; no permitamos que nuestras pasiones lo arrastren.

En ese momento entró suavemente una muchacha con el cabello caído sobre los hombros y con grandes ojos celestes; parecía un paje, reprimido, ágil y oscuro.

Remenyi se dirigió a Banyay:

—¿Por qué no les muestras el "museo" a los muchachos?

—Es un espectáculo deprimente — opinó Horvath.

A Banyay le gustaba mostrar el "museo"; sin duda para no contrariar a Horvath, mintió:

—No tengo la llave —y agregó una broma que contenía una de esas confidencias públicas que Horvath calificaba de asombrosas faltas de pudor—: Además, quién sabe lo que encuentro detrás de la puerta. Cuando trabajo en mis biografías para la Enciclopedia, imagino que el siglo XVII está en ese cuarto.

Palma habló con súbita violencia:

—A István jamás se le hubiera ocurrido ese trabajo en la Enciclopedia.

—Se lo aconsejé como disciplina —protestó Horvath.— No como trabajo permanente.

Palma comentó:

—Usted es un hombre desinteresado. Por lo menos esa era la opinión del tío de István, el de la junta de acreedores.

Horvath juzgó que el tono era irónico. Juzgó también que la mirada de la muchacha que parecía un paje, era dulce. Dirigió a ella su defensa. Explicó el carácter débil de István; ponderó la conveniencia, para intelectos en formación, de una disciplina estable; aludió, sonriente, a los destinos sublimes que vaticinaba para István el profesor Liptay; reconoció que el interés de su amigo en el pasado era ligeramente obsesivo; pidió a la muchacha que le dijera su nombre.

Erzebet Loczy, repitió mentalmente Horvath. Con íntima teatralidad resolvió que no debía moverse, que no debía dar un paso, que debía esperar: Erzsebet Loczy estaba ya en su destino. Se imaginó a sí mismo como un calmoso, magistral (e indeterminado) jugador, frente a un indeterminado y simbólico tablero.

—Si fueran tan amigos —continuaba Palma,— no lo complicarían en conspiraciones. István no tiene salud; tiene un corazón débil. Los médicos dicen que un susto puede costarle la vida.

Banyay la contemplaba con angustiada deferencia, meciéndose lentamente hacia adelante y hacia atrás, dando un breve paso y apoyándose en un pie, dando otro paso y apoyándose en el otro, respirando laboriosamente.

Anthal miró por la ventana. Miró la calle, habitual y doméstica, como si él nunca hubiera interrumpido su vida en Budapest; como si ininterrumpidamente Budapest fuera su "montaña nativa, donde todo, hasta el pasado, nos ampara". Miró la calle "por donde viene" según la misma canción húngara "el infortunio y la muerte". Del otro lado de la calle, entre dos viejos edificios, había un desolado terreno baldío,

vinculado en su memoria a las primeras alegrías de la amistad y del amor.

Habían entrado más personas. Era, evidentemente, una reunión de los Patriotas Húngaros: reuniones que la policía sancionaba con la reclusión, la cámara de torturas o el patíbulo. Y, sin embargo, él sabía que todas las personas allí reunidas estaban jugando (que los juegos terminaran en el derrocamiento del gobierno o en la sangrienta represión, no alteraba esta verdad).

Una muchacha fea sostuvo que no había que perder las esperanzas de que el profesor Liptay llegara.

Horvath dijo:

—No lo he visto aún. Me dijeron que lo encontraría en la biblioteca de la universidad, donde parece que está clasificando los manuscritos. Al día siguiente de mi llegada fuí a verlo, pero no lo encontré. Le dejé un pequeño recuerdo que le envió una muchacha francesa, una admiradora desconocida.

Después intentó hablar de literatura. Dijo que había querido interesar a Banyay en una biografía de Paracelso. Hablaron del nuevo amo de la ciudad: un jefe de policía que llegaba de Viena, insaciable de sangre húngara.

Explicaron por qué ese hombre era la causa de todos los males; por qué ese hombre, hábil e inescrupuloso, significaba el fin de las esperanzas de los patriotas. La ciudad ha cambiado, repetían. Demostraban una asombrosa capacidad de contar hechos; una irritante incapacidad de llegar a conclusiones.

Horvath no quería intervenir. Pero los demás habían iniciado un argumento. Con incredulidad, con impaciencia, presintió que lo dejarían inconcluso. Por mero impulso lógico resumió:

—Hay que matar al jefe de policía.

II

La ciudad no había cambiado. La luz, las casas, los gritos y las personas le parecían familiares. Pasó frente a la fábrica de norias y leyó, como en su infancia, el nombre sicalíptico del propietario. Se detuvo a conversar con el viejo vendedor de lápices, que ahora estaba ciego. Seguía tan desagradable como antes. El café donde los cocheros se reunían a tomar vino con soda y a jugar a las cartas le recordó las dilatadas noches de las épocas de exámenes. Algunas cosas habían cambiado; pero todo era charro, familiar y doméstico. Era increíble que desde la obesa vendedora de muñecos lo observara un espía y que en la confitería, marmórea como un gigantesco lavabo, le tendieran una celada. La mujer del sastre estaba en la puerta de su casa, y su mirada, fría como una piedra celeste, se detuvo ante él; Anthal Horvath silbó *Wenn die Liebe in deinen blauen Augen*, y sintió lo que había sentido frente a esa misma puerta en muchas tardes de años anteriores, más alguna nostalgia, algún tardío propósito de enmienda y la resolución de no seguir perdiendo oportunidades.

III

A la noche, esa impresión de que nada había cambiado fué aún más vívida. Sentado con Banyay y con Remenyi, ante una mesa de mármol, en la terraza del café *El Turf*, oyendo czardas, bebiendo cerveza y trasnochando, con toda la ciudad, a la espera de una improbable refrescada, Horvath sintió con desagrado que los años de París se desvanecían de su vida, como si nunca hubieran existido, y que el repetido y pobre laberinto de sus costumbres en Budapest volvía a encerrarlo. Durante algunos instantes la imagen de sus amigos, con trajes blancos,

sacos muy abiertos y sombrero de paja en la nuca, le pareció aborrecible.

—Estar con ustedes me conforta — exclamó Banyay. Su lengua, vasta, delicada y rosada, se apoyó contra los dientes blanquísimos; la boca permaneció entreabierta; en los bellos ojos bovinos había dulzura y persuación. Después, inclinando hacia adelante el poderoso busto, prosiguió con dificultad—: Me interesa excesivamente el manuscrito encontrado. Me pierdo en la vida que relata.

Horvath pensó: "¿Cómo habla así delante de Remenyi?" Para cambiar de tema, pidió noticias del profesor.

—Cada día lo admiro más —declaró Banyay—. Es un hombre con una sola pasión: la historia. Pero la historia, tratada por él, se ilumina a veces como un relato fantástico, siempre como una obra de arte.

—Ahora tiene otra pasión —comentó benévolamente Remenyi—: el porvenir de István. Quiere que István sea su discípulo, el continuador de su trabajo.

Horvath lo oía con asombro, con afecto. Remenyi le dijo:

—Te pago otra vuelta de cerveza. Estás flaco y de mal color. ¿Será la envidia?

Remenyi se ajustó los lentes y sonrió complacido.

—No le creas —dijo Banyay.— En cuanto al método, el profesor no está satisfecho. Opina que me falta prudencia.

Bruscamente, Remenyi se levantó. Ya no había ninguna alegría en su rostro. Palma y Erzsebet (la muchacha que parecía un paje), habían llegado.

Horvath dirigió contra Banyay el rencor que había sentido contra Remenyi. ¿Por qué Banyay invitaba a mujeres? Ahora la noche estaba arruinada.

Remenyi admitió que las czardas estaban en decadencia.

—Este café —dijo quizá imprudentemente— es el único refugio

donde los entendidos pueden reunirse. Aquí todavía se oyen, bien tocadas, algunas czardas de la guardia vieja.

Volvieron a hablar del profesor.

—Me dicen —declaró Horvath— que está un poco desalentado.

Banyay explicó:

—Son los otros profesores. Viven en una continua guerra política.

—Liptay jamás condescendió... — afirmó Horvath.

—Ya sé —dijo Banyay—. Pero no puede sustraerse. Esa guerra política lo apena, y no se resigna a que la universidad caiga en manos de los políticos.

—¿Una tercera pasión? — preguntó Remenyi.

—La política universitaria —aseguró Palma— es su preocupación permanente. Yo creo que se le ha despertado una pasión senil: la codicia del poder.

Horvath se levantó, y dijo, colérico:

—La devoción de Liptay por el estudio es absoluta. Su conducta es un ejemplo. Su vida es la prueba más irrefutable que se conoce de que la vida debe ser vivida.

Las repeticiones no le molestaron. El mismo Remenyi lo miró con aprobación. Banyay balbuceó su gratitud. Horvath tomó otro vaso de cerveza. Reconoció que ninguna música le conmovía como las czardas, que le gustaba estar con sus amigos y que, en última instancia, él había nacido en Budapest. Miró a Erzsebet; "ya sabe", pensó.

Hubo un tumulto. Se levantaron. La gente se juntaba, hablaba. De pronto todos se apartaron y un grupo de tres gendarmes y un hombre de civil avanzó entre las mesas desiertas. El hombre de civil extendió un brazo y señaló a alguien. Señaló a un muchacho que trataba de huir. Los gendarmes lo alcanzaron.

La gente miraba. Horvath dijo después que él sintió una consternación y un malestar desmedidos.

IV

Algunos días después, mientras se encaminaba al pabellón —los padres de István estaban de regreso, y había tenido que buscar alojamiento en otra parte—, pensaba que Budapest había cambiado, que su permanencia en la capital sería desagradable y que debía ejercer toda su habilidad para que alguien lo enviara a París.

Pasó frente a la ampulosa confitería; miró vanamente el zaguán de la casa del sastre; entró en el pabellón. Frente a la ventana estaban sentados Banyay y Palma. Banyay parecía algo más flaco. Horvath se lo dijo.

—Sí, estoy mucho mejor — respondió Banyay, como ahogándose. Tenía ojeras profundas y una expresión de asombrado cansancio.

Bromearon sobre quién debía matar al jefe de policía. Dijeron que convendría alquilar a un criminal o estudiar la carrera del crimen.

—Debe matarlo —atronó una voz a las espaldas de Horvath— alguien que espere poco de la vida.

Horvath se volvió bruscamente y se encontró con el profesor Liptay, que, envuelto en una capa negra, lo miraba sonriente, con su irónico y tranquilo rostro de domador de caballos. Tenía el cráneo desnudo y abultado, unos pocos pelos grises en los parietales, ojos chicos, arrugados y burlones, pómulos prominentes, labios delgados. Era flaco, grande y contraído.

—Hay que buscar a un hombre sin esperanzas, amigo Horvath —continuó el profesor, con su voz apagada y calmosa—. Un hombre que sepa que nada podrá salvarlo de una muerte próxima.

—O a un hombre que sepa que nada lo salvará de la miseria — replicó Horvath y sintió que algo indescernible y aciago se había deslizado en la conversación.

Banyay opinó despreocupadamente:

—Mejor... un hombre sin voluntad, un pobre... un pobre de espíritu. O si no una mujer.

—Podríamos tenderle una emboscada —propuso Horvath—. Llevarlo hasta ese terreno baldío —señaló el terreno que se veía por la ventana, del otro lado de la calle—. István proyectaría allí un palacio engañoso, y...

Horvath narró una vez más cómo descubrió los poderes sobrenaturales de Banyay:

—Nos preparábamos para un examen. Entré en el pabellón. Quería repetir alguna interminable lección que había aprendido de memoria. István estaba sentado frente a esta mesa de trabajo. La mesa estaba cubierta de libros. Recuerdo que me acerqué y, abstraídamente, ordené unos libros; junté unos cuantos papeles y les puse encima una piedra; alineé unas plumas y unos lápices; tapé el tintero. Empecé a recitar. Muy pronto advertí que István no me escuchaba. Cuando le reproché su desatención, me preguntó si había visto una piedra sobre el escritorio. La busqué. No estaba. Entonces me explicó...

—¿Qué te explicó? — preguntó Palma.

—Banyay puede proyectar, materializar, mientras sostiene la atención, objetos mentales. Ahora, sin duda, se enoja porque refiero esto. Tiene un pudor absurdo.

Al pronunciar estas últimas palabras, Horvath sintió que destruía la credulidad que había logrado hasta entonces.

—Proyectar la forma, el color, la solidez, la temperatura —dijo con naturalidad Banyay— nunca me costó mucho. El peso da más trabajo.

—Si proyectaras una casa en ese terreno —inquirió el profesor— ¿la gente la notaría o pasaría de largo, como si la casa siempre hubiera estado ahí?

Horvath había esperado una explícita declaración que confirmara

ante Palma (ésta no tenía noticia de los poderes de Banyay) sus afirmaciones. Para hacer hablar al profesor, comentó:

—Algunos autores atribuyen a Tomás Moro un poder análogo. Mostraba dragones en el cielo.

—Al principio yo proyectaba objetos muy simples —aseguró Banyay—. Esa piedra o un trozo de madera.

La muchacha lo interrumpió con inesperada irritación:

—¿No dijiste que Remenyi vendría?

—Sí; me prometió venir a las seis.

—Son las nueve — dijo Palma.

—Es curioso —observó el profesor.— Ayer teníamos que vernos en la universidad. No fué; no se excusó.

Llamaron a la puerta. Como si fuera el dueño de casa, Horvath se levantó, fué a abrir. Como para justificar la acción de Horvath, del otro lado de la puerta había un mensajero con una carta para él. Extrajo del sobre un trozo de papel mal cortado; leyó: *Por favor, ven inmediatamente. Estoy asustada.* Horvath reconoció la letra de Erzsebet.

Llamó a Banyay y le entregó la nota. Banyay creyó que era para él. Horvath no le rectificó.

—Me voy —balbuceó Banyay—. Estoy feliz. Estoy asustado. Nos queremos con Erzsebet.

V

Esa noche Horvath no sabía qué hacer. Quería evitar a Erzsebet. Estaba acostumbrado a trasnochar con sus amigos en tres o cuatro lugares. Uno era el café *El Turf;* otro, un dancing en los lagos, en el bosque de Varosliget; otro, la confitería Gerbaud. En alguno de ellos

debía de estar Erzsebet con Banyay. "Fuera de esos lugares y de las calles que sigo todas las noches" pensó oratoriamente Horvath "yace una ciudad desconocida".

Esa noche no la conocería. Decidió arriesgarse e ir al dancing de los lagos.

Estaba hablando con la muchacha del guardarropa, cuando sintió en el hombro úna mano inconfundiblemente pesada. Banyay le propuso que tomaran unas ginebras; en seguida habló con mal respirada exaltación:

—Tengo grandes noticias. El profesor ha encontrado en Tavernier, en los *Six voyages de J.-B. Tavernier, qu'il a faits en Turquie*, etcétera —Banyay articuló un laborioso, abierto y escupido francés— *pendant l'espace de quarante ans et par toutes les routes que l'on peut tenir*, un largo párrafo sobre el manuscrito. Afirma Tavernier que en Hungría nadie le habló del misterioso muerto de la posada del Túnel, pero que en Constantinopla, en 1637, conoció a un traficante de piedras preciosas, corresponsal de su suegro, que en una conversación mencionó el episodio. Tavernier sintió un vivo interés, pidió recomendaciones, esperó y aduló a burócratas y consiguió por fin tener en sus manos el manuscrito. He visto por ahí que Voltaire y otros califican de ignorante a Tavernier.

—No me digas — comentó Horvath. Estaba aburrido.

—Espera un poco. Tú sabes cómo Liptay ha insistido sobre el método: hay que comprobar todo, hay que desconfiar de todo. En estos últimos días le he mostrado innumerables veces el manuscrito. Siempre aparecían nuevas dudas. Bueno, hay una cita latina. Ni Liptay ni yo...

—¿Qué cita? — preguntó Horvath.

Banyay se detuvo, tal vez con intención reprobatoria; en sus enormes ojos bovinos sólo había, sin embargo, dulzura. Meciendo su enorme

cuerpo, dió un breve paso hacia adelante y otro hacia atrás. Se apoyó, después, en el mostrador, tomó un trago de ginebra y siguió hablando impetuosamente.

—La cita es de las *Tristia*, de Ovidio, y parece una interpolación en el texto. El hombre habría escrito una carta a una muchacha, en Florencia, y en ella habría recordado el hermoso verso *nulla venit sine te nox mihi, nulla dies.* A continuación dice entre paréntesis: *Tr.* I, V, 7. Bueno, quiero señalar esto: como opinamos que ese párrafo es una interpolación —está escrito con una letra que parece una mala imitación de la del resto del documento— lo hemos examinado muchas veces. Bueno, ni Liptay ni yo advertimos que los números entre paréntesis no corresponden al verso. Tavernier descubrió el error, o dice que lo descubrió, y da la numeración correcta. Ahora no la recuerdo —Banyay hizo una pausa—. Pero también quiero hablarte de otra cosa: Erzsebet quiere verte antes de irse a Nagy-Banya.

Horvath estaba pálido. No pudo contestar.

Banyay lo miró con angustiosa solicitud, y después de una breve vacilación le llenó el vaso.

Horvath bebió y, por fin, preguntó:

—¿Qué me dijiste de Erzsebet?

Ahora era Banyay quien no podía hablar. Miraba a su amigo con los enormes ojos muy abiertos, con la respiración anhelante, con una expresión de profunda, de preocupada ternura. Con una mano gorda, temblorosa y férrea, tomó del brazo a Horvath. Inquirió tristemente:

—De todas las mujeres de Budapest, ¿por qué has elegido a Erzsebet para enamorarte?

VI

Horvath tuvo la impresión de que Liptay no exageraba: Budapest se había convertido en un inmenso y unánime presidio. En todas partes había soldados y gendarmes. Entró en la Biblioteca de la Universidad; repetidos funcionarios querían saber qué buscaba. De los muros pendían oscuros retratos de Metternich y (lo que todos afirmaban, lo que nadie creía) de Kollonich, del arzobispo execrado.

Después de estratégicas esperas y de indiferentes interrogatorios, un enlutado secretario lo condujo hacia el gabinete de los manuscritos de los siglos XVII y XVIII. Desde la galería divisó a tres o cuatro personas que evolucionaban alrededor de un objeto parcialmente cubierto por trapos negros. Era un aparato fotográfico. Una de las personas era Banyay. Excitadísimo, Banyay le señaló un banco. Horvath se sentó.

El profesor le había pedido que viera a Banyay; le había asegurado que el estado de éste era alarmante. "Sólo usted puede salvarlo, amigo Horvath", dijo sin énfasis. "Yo no puedo hacer nada. Desconfía de mí. Apártelo del trabajo, de la obsesión."

Horvath miró a Banyay. Lo encontró agitado, casi flaco, tal vez feliz, enfermo. Se distrajo contemplando las incomprensibles figuras del friso que había en lo alto de las paredes. Leyó, en letras doradas, una cita del libro undécimo de las *Confesiones*, de San Agustín. Se levantó; observó un busto que había en uno de los extremos del gabinete. Leyó en la base: *A. M. S. BOETHIVS – CDLXX – DXXV –A. D. – HI OCULI VIDERVNT AETERNITATEM.* Miró los ojos del mármol. Unas manos pesadas se apoyaron sobre sus hombros. Se volvió.

—Me permitieron fotografiar el manuscrito hoja por hoja — exclamó Banyay.

Los hombres empujaban el aparato hacia la galería.

—No es por falta de voluntad —comentó Horvath.— Quieren ser despóticos, pero todavía cometen errores.

—No muchos —respondió Banyay—. He pedido que me dejen llevar el documento, por una noche. Lo he pedido por escrito, verbalmente, por intermedio de Liptay, del secretario, del ordenanza. Todo inútil.

—Yo creía que a Liptay lo respetaban. Me asombra que no haya podido conseguir el permiso.

Con alguna solemnidad, Banyay se irguió ante su amigo.

—¿Crees lo que dices? —preguntó—. Óyeme: Liptay quiere hundirme.

Horvath pensó: Es a él a quien habría que preguntar si cree lo que dice. Banyay continuó:

—¿Absurdo, no es verdad? Te plantearé un problema concreto. Salvo para los primeros datos, la única fuente de mis conocimientos sobre el personaje que apareció en la posada del Túnel es el manuscrito. ¿Pueden surgir discrepancias entre el manuscrito y mis conocimientos?

Horvath confesó que no entendía.

—Te daré un ejemplo: un día sé que el individuo pasó la infancia en Nyirgyhaza; al día siguiente veo en el manuscrito que la pasó en Tuszer. Naturalmente que "Tuszer" está entre líneas y tiene debajo una palabra tachada. ¿De dónde pude sacar la noción errónea? Solamente del manuscrito, porque es mi única fuente. Entonces, alguien introdujo un cambio. ¿Cuándo? De noche; durante el día rondan los lectores, los policías y los ordenanzas. ¿Quién, durante la noche, puede introducir esos cambios en el manuscrito? El único funcionario que vive en la casa. El director de la Biblioteca. Liptay.

—No lo creo —respondió Horvath con excesiva vehemencia—. ¿Qué motivos le atribuyes?

—Palma descubrió la explicación: quiere que yo publique un trabajo ridículo, para señalar mis errores y hundirme. Teme que yo oscurezca su fama. Está devorado por pasiones seniles.

—No lo creo. Si me dijeras que los mismos hombres del siglo XVII vienen por la noche y corrigen el manuscrito, no me parecería más increíble.

Después de un silencio, Banyay continuó, como pensando en voz alta:

—Una tachadura más o menos no se advierte. Está lleno de tachaduras y de correcciones. Muchas páginas están escritas en líneas que se cruzan (como algunas cartas de mujeres). A veces, para leer una página, he tardado un día entero. Mira tú mismo.

Sin curiosidad, Horvath miró ese pergamino rugoso, opaco.

VII

Anthal Horvath comprendió que estaban en conflicto unas tentaciones y su lucidez, su voluntad, su prudencia. Por un lado: el temor de ser doblemente desleal a un amigo, desleal a Erzsebet, cobarde. "Pero Banyay no se arriesga", pensaba. "No desconfían de los ricos." Y "¿estoy enamorado de Erzsebet?" Debemos cuidarnos de que nuestras propias mentiras no nos engañen. En cuanto al coraje, no convenía considerarlo; uno se ofusca, y... Por otro lado: la tranquilidad del alma, el dominio de sí mismo, el regreso a París, la carrera literaria.

Erzsebet quería irse con él; lo había llamado varias veces. Él sugirió a Banyay que la muchacha estaría segura en el establecimiento de campo, en Nagy-Banya. Banyay se preparaba para el viaje. Se

irían el viernes. Faltaban cuatro días: cuatro días en que Erzsebet no debía encontrarlo.

VIII

Una semana después István Banyay desapareció. Horvath dió la siguiente versión de los hechos:

El viernes último Banyay partió con Erzsebet para Nagy-Banya. Volvió el lunes. Él trató de verlo repetidas veces, sin éxito; habló con el profesor Liptay; éste le refirió que el profesor Palffy lo había llamado a su lecho de muerte y le había entregado mil trescientos florines para el comité de los patriotas húngaros. Liptay entrecerró los ojos, como para mirar a lo lejos, y continuó con voz impasible:

—Amigo Horvath: estoy dispuesto a conferirle un honor y una distinción inolvidables. Pongo en sus manos estos florines, sin exigir recibo, para que los entregue al comité. No mencione mi nombre; no hay para qué vincularse con esta generosa transacción.

Horvath intentó entregar el dinero; desistió muy pronto, convencido de que la policía vigilaba el comité. Redobló entonces los esfuerzos para ver a Banyay —esos florines, según su vívida expresión, le quemaban las manos— y finalmente dió con él. Al principio tuvo la impresión de que Banyay quería rehuirlo, pero muy pronto se preguntó si esta impresión había sido provocada por la conducta de Banyay o si era obra de su imaginación. Además Banyay aceptó sin reparos entregar el dinero al comité. Fraternalmente bebieron cerveza en *El Turf*, y, cuando se despedían, Banyay balbuceó:

—En Nagy-Banya descubrí que Erzsebet te quiere.

No había reproche en su amargura. Fué la última vez que Horvath lo vió.

IX

Los padres de Banyay olvidaron toda objeción contra Horvath y lo recibieron como a un hijo. Le contaron, no sin repeticiones, lo que sabían de la desaparición de István: algunos detalles sobre lo que había hecho esa mañana, un rato antes o en los últimos días: todo historia previa, bastante incompleta desde luego, y tal vez fútil. Pero ese era el tesoro que tenían, y querían compartirlo con él. Después, el cochero Janós, la última persona que vió a Banyay, fué traído de los lejanos sótanos en donde bebía y peroraba, para que lo favoreciera con su exposición. Horvath oyó de esos labios trémulos y mojados la morosa historia. El viernes, Janós había conducido a la señorita Erzsebet y al señor István hasta Godolo, en donde tomaron el tren para Nagy-Banya. La señorita casi no habló durante el trayecto; el señor parecía contento y continuamente prodigaba atenciones a la señorita. El lunes (él, Janós) fué con el coche hasta Aszod, a buscar al señor. Éste llegó solo; parecía abatido.

—Hoy, a las nueve de la mañana —continuó el cochero—, el señor me llamó y me pidió que atara el coche.

La última vez que Janós lo vió, Banyay estaba sentado junto a su mesa de trabajo, frente a la ventana.

Los padres de Banyay preguntaron a Horvath si les aconsejaba dar parte a la policía. Horvath dijo que no; después decidieron pedir la opinión del profesor. Palma fué a verlo. El profesor se atrevió a insinuar que tal vez no fuera prudente prescindir de la policía.

Horvath acompañó al señor Banyay en su visita al comisario Hegedüs. Según el viejo Hellebronth, Hegedüs "era una niña". "Es muy lector" agregaba. "Conoce toda la literatura que la policía se-

cuestra a los libreros." Horvath, sin comprenderla, admiraba esta ecuanimidad. Por su parte, casi no miró al comisario.

Hegedüs se mostró decididamente alarmado por la desaparición de Banyay; confirmó, mediante consultas, que la policía ignoraba el asunto; prometió, por fin, su activa cooperación.

El señor Banyay salió de la Central de Policía con muchas esperanzas. Invitó a cenar a Horvath. Palma estaba con la señora, esperándolos.

La muchacha se retiró bastante tarde. Horvath la acompañó hasta la puerta; cuando estuvieron solos, Horvath dijo:

—Creo que recurrir a la policía fué una equivocación. No sé por qué Liptay dió ese consejo.

—La explicación es evidente —aseguró Palma—. Liptay es un traidor.

La vió alejarse. "Está obsesionada", pensó. "Tal vez las debilidades acerquen. Las locuras, no."

Subió a conversar con el señor Banyay. Hablaron hasta el alba. El señor, entonces, dijo:

—No puede irse a estas horas. Con el estado de sitio, no sería prudente. Vaya a acostarse al cuarto de István.

Horvath obedeció.

X

A la mañana siguiente resolvió emprender una investigación. Con el ciego vendedor de lápices adelantó poco; su acritud seguía inalterable. La mujer del sastre lo recibió con visible agrado, pero, cuando él quiso hablar de Banyay, le previno que "a una muchacha le disgusta que no le hablen de ella". Horvath la complació, y sintió que era des-

leal a su amigo. Pero en la obesa vendedora de muñecos lo esperaba la revelación. La víspera, a la mañana, la mujer había visto llegar a un grupo de hombres. Uno de ellos —flaco, vestido de gris, con una cara muy blanca, muy grande, huesuda, con ojos como dos pequeños puntos negros —se apostó frente al pabellón de Banyay; los demás entraron en la confitería.

—¿Y usted que hizo?

—Yo, tranquila —respondió la mujer—. Como si nada, me fuí a la farmacia. Al pasar por el pabellón vi al señor István, en su cuarto, sentado frente a la ventana. De pronto sentí tanto miedo que me pareció que me silbaban los oídos. Me dije: tranquila, y seguí esperando. Al rato salió del pabellón el cochero Janós, y entonces el hombre que estaba apostado sacó un pañuelo, los de la confitería se reunieron con él y todos entraron en el pabellón.

—¿Y después?

La mujer pareció enojarse.

—Después llegó mi marido y tuve que atenderlo.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—No me diga que no sabe. Pesquisas.

Horvath no comunicó este episodio a los padres de Banyay.

La investigación ahora sería más difícil. Antes de proseguirla, Horvath haría un favor a su amigo. Se presentó en la empresa editora de la Enciclopedia Húngara y declaró que Banyay estaba indispuesto y se ofreció para reemplazarlo hasta su restablecimiento. Lo aceptaron. "Hice esto", le dijo a Palma, "como quien da algo en prenda". Tal vez trataba de convencerse de que Banyay regresaría. Tal vez ese acto fuera una reparación.

Asistió a tres o cuatro reuniones de la liga de los patriotas. Discutieron un plan para matar al jefe de policía. Hablaron de Liptay. Comprobó, sin mayor sorpresa, que Liptay era considerado traidor.

Los padres de Banyay le pidieron que se quedara a vivir con ellos. La señora había insinuado esta posibilidad; el señor la había razonado: "Horvath es la persona más cercana de István; faltando István, en cierto modo lo representa."

Con una emoción que parecía desproporcionada, Horvath, una tarde le dijo a Palma:

—Podría ser feliz. Mis ansiedades económicas han desaparecido. Siempre he soñado vivir en un lugar como este pabellón. Tu mano en mi mano me conforta. Pero no me limitaré a reemplazar a István en situaciones agradables... Seguiré trabajando en la enciclopedia. Me ocuparé en la biografía del muerto de la posada del Túnel.

La correspondencia entre sus palabras, quizá egoístas, quizá mezquinas, y el tono en que fueron dichas, no era clara.

—Yo he leído ese documento —declaró Palma—. No sé cómo István se dejó engañar. Es un fraude. Es una paráfrasis de la vida del propio István. Burda, mal escrita, sin ningún ingenio. Obra de Liptay o de los secuaces de Liptay. Para hundir a István.

Sintió deseos de alejarse de Palma. Cuando regresó Erzsebet, dejó de verla.

En la universidad hubo una ceremonia para recibir al nuevo interventor. No asistió ningún húngaro, salvo Liptay, que leyó un discurso (entre soldados austríacos y guardias del escuadrón).

Los patriotas volvieron a reunirse. Una muchacha sostuvo que el profesor Liptay había cometido esa indignidad para no acabar su larga carrera con una exhoneración. Sin embargo, ni esa muchacha creía en él: su expulsión de la Liga fué resuelta por unanimidad de votos (Horvath se abstuvo de votar). Después se levantó un hombre casi afónico; pidió que lo dejaran matar al jefe de policía. Aceptaron. Fijaron fecha: 17 de marzo. Alguien afirmó que había que dar un ejemplo con los traidores. Había que matar al profesor. Horvath apenas oía. Pen-

saba en Banyay. Pensaba en el profesor. Con Banyay y con el profesor había pasado, en la infancia y en la juventud, entre nubes de humo, en un pequeño escritorio, frente a un busto de Leibnitz, momentos de exaltada y generosa alegría, de incondicionada fe en la inteligencia, de la más devota dedicación al estudio y a la colaboración en el estudio. Se sentía enfermo, como si fuera a desmayarse. Se levantó. Se ofreció para ajusticiar a Liptay. Aceptaron. Fijaron fecha: 17 de marzo.

Después, ni las ordenadas niñedades de la vida, ni los dolores físicos, ni el frío ni el calor, pudieron despertarlo de una anhelante sensación de irrealidad. Hubiera querido confesarlo todo a Erzsebet; pero entonces Erzsebet no habría sido ese incontaminado refugio. Además, no creía que le llegara el momento de matar a Liptay.

La compañía de Erzsebet lo consolaba. Solían pasear por las calles arboladas del oeste de Buda, no lejos de las vías del tren. Horvath le hablaba de alguno de sus libros futuros, y le pedía permiso para dedicárselo, y se preguntaba si la secreta exaltación que sentía al mirar, como por vez primera, el profundo y claro y trémulo verdor de las hojas traspasadas por la luz de la tarde provenía del verdor o de Erzsebet.

Segunda Parte

Straight was I carried...

Thomas Chatterton: *The Storie of William Canynge.*

Anthal Horvath escribía su "comunicación a los amigos":

"Frente a mí la mesa; más allá, la ventana." No sé por qué recuerdo ahora estas palabras exiguas: son las primeras de la primera novela que escribí en mi vida; podrían también encabezar estas páginas,

las últimas que escribiré, mi confesión. Todo ha cambiado. Por eso estoy en la situación actual. Por eso, también, debo justificar un acto que antes de mi viaje a Francia hubiera sido, tal vez, una tontería; ahora lo calificarán de infamia. Pero difícilmente convenceré a mis amigos (no ignoro lo ansiosos que estarán de convencerse). No se han alejado de Budapest; participaron, día a día, en ese proceso de transformación; nunca sabrán cómo se apresuró el tiempo en Hungría, cuánto cambio trajo. Yo mismo, al regresar de París, no advertí inmediatamente que ya era otro mundo este mundo familiar. Ni siquiera lo advertí cuando István desapareció. De un modo gradual, sin revelaciones patéticas ni sobresaltos, penetré en esta pesadilla. Pero no llegué a esta mañana del 17 de marzo sin que ocurriese, a modo de símbolo sobre la verdadera naturaleza de las cosas, la entrevista con Remenyi, el efecto melodramático, la sombra de irrealidad.

Siguió escribiendo, refirió que había esperado con terror la llegada del 16 de marzo. *Ahora, cuando la recuerda, esa tremenda víspera me parece un día muy amplio y me veo perdido en su inmensidad y en los sueños que tuve a la noche: sueños que, de algún modo, lo prolongaron.*

A la mañana, para recordarle su promesa de salir juntos, envió un mensaje a Erzsebet. Después, durante mucho tiempo, limpió su revólver. Tuvo un incipiente impulso de dialogar con el revólver, como Hamlet con la calavera de Yorick, y se sorprendió presenciando conmovido esos diálogos futuros y poco imaginados.

Erzsebet llegó a la una de la tarde. Horvath no le había dicho nada; Palma tampoco (ahora casi no se veían). Horvath escribe: *Sentí su despreocupación como un desconsolado reproche y hubiera dado mi felicidad, tal vez nuestra felicidad, por no ser desleal a Erzsebet.* Pero si hablaba de su compromiso con los patriotas, todo se perdía.

Podía no decirle que él, al día siguiente, mataría al profesor

Liptay, pero no podía evitar que su actitud sugiriera que le ocultaba algo. Hizo continuamente bromas y su alegría fué excesiva. No había bebido una gota de alcohol, pero tenía el recuerdo de haber estado borracho. Sintió que así nunca se acercaría a ella; sin embargo siguió con sus juegos pérfidos, solitarios y tontos; se pesó en una farmacia y con injustificada y secreta exultación entregó a Erzsebet la tarjeta donde estaba escrito el peso y le pidió que la guardara; que él supiera y ella ignorase que le daba esa tarjeta para que la leyera en un futuro completamente alterado, en un futuro donde ese papel, esos números y el incierto recuerdo de la escena tendrían un poder sentimental, lo divertía. Después caminaron por el parque zoológico; al atardecer, oyeron gritar los pavos reales (a la noche, en el sueño, como en un profundo espejo, vió de nuevo los pavos reales posados a diversas alturas, en un oscuro círculo de árboles, a su alrededor, y cuando gritaron se despertó angustiado porque ya no volvería a ver a Erzsebet). Dice que se separaron a las diez de la noche y que él no se resignaba a verla partir, *pero como esto ocurre todas las noches* —aclara—, *Erzsebet no se alarmó.*

Se dirigió a su casa, pensado en Erzsebet; pero cuando llegó, cuando subió los primeros escalones, ya no pudo recordarla. Allí arriba, entre las cuatro paredes de su cuarto, estaba la solitaria espera, la noche inagotable de horrores, el amanecer del día increído en que debía matar a Liptay. "Sería horrible", dijo para cambiar de pensamientos (y "horrible" fué la primera palabra que se le ocurrió) "que el profesor estuviera arriba".

Oyó los gritos de un diarero. Bajó hasta la calle; compró un diario. Tuvo la esperanza de encontrar alguna noticia que lo salvara de la pesadilla en que vivía. La noticia que encontró le hizo perder todas las esperanzas. "Hoy, a las cuatro de la tarde", leyó, "un grupo de jóvenes entró en la rectoría de la universidad y arrancó los retratos de Metternich y del obispo Kollonich".

Subió las escaleras; entró en su cuarto. ¿Por qué se había comprometido a matar al profesor? Con una broma abyecta había causado la perdición de Banyay. El suicidio no le bastaba. Su alma tenía que despertar atrozmente de esa irrealidad. Quería sentir el castigo.

En las últimas horas de la noche, Palma apareció en el cuarto, con una expresión dura y extraña, de fanática y, para él, inescrutable resolución. Hacía tiempo que no la veía. Palma preguntó:

—¿Cuánto dinero tienes?

Horvath buscó la billetera. Contó.

—Ochenta y cuatro florines.

—No es mucho.

No supo qué responder. Quizá no fuera mucho. Palma no le había explicado por qué hacía la pregunta. Pocas veces él había dispuesto de tanto dinero.

—Prepárate —ordenó la muchacha—. Me acompañarás.

Horvath la miró. *Tuve la certidumbre de que ocurría algo grave. Me abandoné,* escribe, *a una secreta y desordenada alegría. Estaba salvado.* Anheló cualquier aventura, cualquier calamidad; pensó en voz alta: "Aunque sea mi propia muerte." Al pronunciar esta última palabra sintió una repentina avidez, luego perplejidad, luego miedo. Se preguntó: ¿Está en connivencia con la policía? Era absurdo pensarlo. Palma era "decente hasta la incompatibilidad" como decía Liptay. ¿O la mandaban los patriotas? ¿Él había cometido alguna falta? Entonces creyó despertar. Ya no sentía ni alegría, ni avidez, ni perplejidad, ni miedo. Había cometido una falta, pero no contra los patriotas. No se negaría a seguir a Palma. *Me importaba poco de mí y era inútil pensar en Erzsebet hasta haber expiado esa falta.*

Mientras tanto, Palma se dedicaba con silenciosa determinación a extraños preparativos. Había traído del cuartito donde Janós solía preparar los desayunos un paquete de té, una botella de ginebra, dos

panes y algunas frutas. Envolvió todo en una manta que sacó del armario. Examinó la ropa que había allí y, finalmente, eligió un capote de paño azul. Cuando Palma no miraba, Horvath sacó de la mesa de luz el revólver y se lo echó al bolsillo.

—Por favor lleva esto —dijo Palma; le entregó el paquete y el envoltorio de la manta.

Salieron en silencio. En la calle Krisztina, frente al Teatro de Verano, tomaron un desvencijado tranvía. Estaba casi vacío: en un extremo había una muchacha dormida; era joven, pálida, harapienta y tenía un niño en brazos. Más cerca de ellos, dos hombres hablaban a gritos. Comentaban una conversación que habían tenido un rato antes. Venían de un velorio. Horvath quiso preguntarle a Palma a dónde lo llevaba. Postergó la pregunta; para ser oído, hubiera tenido que hablar a gritos. Los hombres bajaron en la calle Atlos, a la altura del horno de ladrillos. Palma y Horvath bajaron en la calle Etele y caminaron hacia el oeste. Dice Horvath que una insólita timidez le impedía hablar. Llegaron al Manantial de Esculapio. Se acercaron a un grupo de árboles, vasto y oscuro en la noche. Un poco más a la derecha, un farol proyectaba un círculo de luz. Apenas afuera del círculo, contra el árbol, en el suelo, había un bulto. Palma se reclinó sobre ese bulto. Era un hombre.

—¿Cómo te va, hermano?

Por un instante, Horvath creyó identificar esa voz desconocida. Se preguntó si el hombre la desfiguraría deliberadamente. Además ¿por qué estaba agazapado? ¿Por qué no se levantaba?

—¿Trajiste algo, Palma?

Palma, arrodillada, enumeró en tono persuasivo, como si hablara con un niño o con un enfermo, lo que traían. La voz respondió desde la oscuridad:

—Está bien. Me dan cuarenta y ocho horas. Después, si no estoy

del otro lado de la frontera, no hay cuartel. "Jugamos limpio", me dicen como si lo creyeran —entonces Horvath reconoció al invisible interlocutor—. Lo hacen para reírse un poco, para despertar mis esperanzas, para que me de pereza morir. Creen que no puedo ir muy lejos. Pero no me alcanzarán. Estoy seguro de cruzar la frontera antes de que venza el plazo. Si no...

Aquí Remenyi se detuvo, como si una emoción le impidiera hablar. Horvath estaba impresionado; nunca había advertido en Remenyi otros sentimientos que la suficiencia, la vanidad, el desdén. Remenyi continuó en un sollozo:

—Palma, Palmita, no me digas que olvidaste el revólver...

Hubo un silencio; al fin, Palma empezó a decir:

—No pude...

—Te traje mi revólver —afirmó Horvath impulsivamente. Dando un paso hacia la derecha, entró en el círculo de luz; extrajo el revólver; inmóvil, lo ofreció—. Tómalo.

El arma brilló en su mano. Para tomarla, Remenyi tendría que entrar en la zona iluminada. Horvath lo miraba estremecerse, moverse, como un animal agónico. Palma tomó el arma y se la dió; pero él ya se había arrastrado hacia Horvath. El rostro que apareció en la luz no era el de Remenyi: era una masa de carne oscura y de cicatrices blancas. Pero la voz, aunque vacilante y exhausta, era la de Remenyi; siguió:

—Gracias, hermano. Te pagaré el favor con un consejo: huye pronto. Si te quedas, te prenderán. Hoy estuve con Erzsebet. Tienes que salvarla. Te quiere.

En ese momento oyeron los redobles de cascos de caballos sobre el pavimento. Casi inmediatamente, dos espumosas y negras cabezas de caballo surgieron entre las hojas.

—Está el coche —dijo Palma. Se dirigió a Horvath—: Te pedí

que nos acompañaras porque pensé que podríamos necesitarte. Gracias; vuélvete por tu lado; yo me voy con Ferencz.

—¿De István saben algo?

—Ahí, en el patio treinta y tres, saben todo —contestó Remenyi—. Puedo asegurarte una cosa: la policía ignora qué pasó con István. No lo encontraron. Desapareció.

Palma lo ayudó a incorporarse.

Horvath estaba conmovido; con resolución extendió el brazo para estrechar la mano derecha de Remenyi, sintiendo, absurdamente, que emprendía un ademán noble y generoso. En esa cara deforme entrevió una expresión resignada. Remenyi le mostraba algo. Le mostraba que no tenía mano derecha. Tenía un muñón.

Amanecía. Horvath se alejó. En la calle desierta sus pasos resonaron marcialmente. Sintió su futilidad y comprendió que debía aferrarse a este sentimiento: era como una puerta que se entreabría... Pensó en voz alta: "Mañana necesitaré un revólver." Pasó frente a la farmacia donde había estado, a la tarde, con Erzsebet. Estaba abierta. Entró.

—¿Qué desea, señor Horvath? —preguntó el farmacéutico.

—Un veneno fuerte —respondió—. Tengo la casa llena de ratas.

—Arsénico —dijo el hombre.

No hubo dificultades, no hubo demoras.

En seguida volvió a encontrarse en la calle, incómodo con el paquete, sin nada que hacer, frente a su casa, ya sin pretexto para diferir el momento de entrar en el cuarto y esperar.

Subió las escaleras, entró, cerró la puerta, miró el cuarto, miró la cama en donde tenía que echarse... Entonces latió su corazón, pesado, enorme. Llevó una mano al pecho y, temblando, se dejó caer en una silla, frente a la mesa de trabajo.

Después de un rato de perplejidad resolvió escribir esta *Comunica-*

ción a los amigos (pero antes abrió el paquete del arsénico y llevó el frasco al cuarto de al lado, al cuarto conocido como el "museo". Nadie entraba ahí; nadie, por error, se envenenaría). Escribió: *Tal vez yo podría justificarme. Lo malo es que para mi conducta no hay justificación. Hoy no la hay; pero ayer... La clave de este proceso es una cuestión de tiempo; si el tiempo es sucesivo, si el pasado se extingue, es inútil que yo busque una excusa... Todo ha cambiado tanto. Incrédulo, repito que nunca tuve conciencia de cometer la verdadera maldad. Pero sin duda ésta es la doctrina de los criminales: pueden justificar todos los actos, todos los momentos. Vistos de afuera, esos actos y esos momentos dibujan el crimen. Es claro que yo no puedo hablar de crímenes; puedo hablar de bromas, de fraudes domésticos y miserables.*

Debo escribir. Mientras me afane en la vindicación de mi conducta, que sin duda merecerá y logrará el olvido, encontraré la manera de narrar un hecho mágico, de comunicar a la posteridad mi espantoso destino, la encrucijada de magia, de expiaciones, de compromisos y de muerte en que se perdió mi alma, y de llegar más insensiblemente al término de esta espera (término que ahora, imprevistamente, se aproxima).

Janós, el cochero, ha entrado con el desayuno. Está arreglándome el cuarto. Me interrumpe. No me deja escribir. Pero debo escribir, antes de que se retire.

Vuelvo al encabezamiento de esta confesión y creo ha llegado la hora de completarlo con alguna frase como ésta: "Por la ventana veo la calle y en la calle a un hombre flaco"...

Hay que morir, dijo el valiente Carlos.

Eso no temo.

Pero hago literatura. Con desagrado siento que no manejo mi expresión: es como si estuviera borracho o como si delirara. Para ser natural y sincero tendría que disponer de más tiempo, de más tranquilidad.

Yo fragüé la historia del hombre encontrado muerto en la posada del Túnel, el manuscrito que el profesor Liptay encontró y que obsesionó a István.

Si considero mi entrañable amistad con István y las consecuencias de esta inocente, de esta abyecta broma, no caben explicaciones. Yo debería callar y morir; morir solamente no es, quizá, suficiente castigo. Sin embargo, ya que a los peores criminales se otorga el derecho de defensa —no por consideración a ellos, sino a la moral que han transgredido y que, defendiéndose, reconocen— intentaré defenderme. Intentaré la simple relación histórica de los hechos, en la esperanza de aparecer, a la luz de esa relación, como un imbécil y no como un malvado.

Hacía pocos meses Horvath había recibido, en París, una carta del librero Hellebronth; le pedía que escribiera una novela para *Clío* (su inescrupulosa colección de novelas históricas). Con más ánimo que reflexión, Horvath emprendió el trabajo; al promediar el capítulo XV, comprobó que el libro se parecía de una manera incómoda a sus vívidos recuerdos de *Las dos Dianas*. Rompió las páginas que había escrito y procuró no volver a pensar en el asunto. Unos días después habló de István a una muchacha francesa y súbitamente recordó al hombre aparecido en la posada del Túnel y los insistentes ruegos de István de que aprovechara el tema en un relato. Trabajó una semana, pero esta segunda novela histórica también fracasó.

Una noche fué con unos amigos a ver *Chatterton*, de Alfred de Vigny; afirma: *aún hoy, en esta situación infortunada y extrema, siento como el eco de una exaltación al recordar la feliz exaltación de esa noche mientras volvía a casa por el boulevard Saint Germain y la rue du Bac. Después leí todo lo que pude hallar sobre el poeta que inventaba manuscritos y poetas.* El estudio de Helene Richter y la biografía de Wilson lo convencieron de la urgencia de preparar una nueva biografía. Habló de todo esto con Madeleine (en un arranque de falsa pasión, intercala: *quisiera,*

Erzsebet, ofrecerte un alma pura, un pasado vacío; te he dado los que tengo) y a ella se le ocurrió la idea de hacer una broma a István: fraguar el manuscrito perdido, el manuscrito que tenía en el bolsillo el misterioso hombre muerto de la posada del Túnel. Horvath simuló entusiasmo y contó lo que recordaba sobre el asunto; estaba seguro de que el proyecto se olvidaría con esa conversación. Pero Madeleine no durmió en toda la noche y dedicó su implacable ahinco a planear la broma. Horvath escribiría la historia en borrador y ella la copiaría; hubiera sido imprudente que él escribiera directamente en el pergamino; a través de cualquier deformación, István, posiblemente, reconocería la letra. Horvath opuso un débil reparo: no sabía cómo inventar la historia del personaje. Madeleine no se inquietó: él había escrito muchas novelas. Alegó que todos sus intentos de escribir novelas históricas habían fracasado. Ella aseguró que sólo debía narrar la vida de István, con algunas variantes; esto sería fácil y haría más ingeniosa la broma.

En esos días el tío de István, que nunca se había interesado en los trabajos literarios de Horvath, supo que éste preparaba una novela histórica; ese dato desnudo fué el tema de casi todas sus conversaciones y bastó para que el afecto que hasta entonces había sentido por Horvath se convirtiera en devoción. Una tarde subió a la buhardilla y lo sorprendió a Horvath leyendo el manuscrito. Preguntó qué era *eso. Debí contestar que era una de las fuentes de mi novela histórica* —apunta Horvath—; *contesté: "mi novela histórica". El conde no aparentó sorpresa; manifestó un alarmante entusiasmo de que la obra "ya pudiera leerse, ya estuviera concluída". Respondí que, aunque estaba casi concluída, tal vez no se publicara por algún tiempo, porque el viejo Hellebronth había perdido interés en novelas históricas. El conde sonrió con deliberada astucia; no le pregunté por qué; se retiró, molesto.* A los pocos días Horvath supo que el conde había escrito a Hellebronth y al profesor Liptay. A Hellebronth le ofrecía pagar la edición; al pro-

fesor le pedía que intercediera ante Hellebronth para que se dejara pagar la edición y publicara el libro inmediatamente. *Esta correspondencia* —infiere Horvath— *debió de ser el origen de los rumores, recogidos por Remenyi, de que yo había mandado desde París una novela a Hellebronth, había movido a medio mundo y no había logrado que se publicara.*

Horvath confiesa que se divirtió escribiendo esa "vida" de István. En sus cartas, éste le hablaba de Palma y de Erzsebet (entonces Horvath no las conocía). *En mi historia el héroe se cree, al principio, enamorado de Palma y luego se enamora perdidamente de Erzsebet. Y aquí debo señalar algo mágico en ese manuscrito fraguado, una anticipación que, en cierto modo, lo redime de su condición de impostura: hay una descripción del amor que inspira Erzsebet que es una pálida pero fiel descripción del amor, de la adoración, que ahora siento por ella.*

El trabajo de Madeleine fué arduo. Una persona con menos voluntad —una persona normal— lo hubiera abandonado. Primero, Madeleine ignoraba el húngaro: ignoraba el sentido de las palabras que debía escribir. *No nos asombre, pues* —continúa Horvath—, *que haya omitido alguna "z", alguna diéresis. Yo disimulaba estas omisiones o me apresuraba a señalar su impagable valor de nota antigua...* Por fin, Madeleine no podía escribir con su letra de mujer del siglo XX: copiaba la enojosa escritura del primer manuscrito (posiblemente apócrifo) de la *Crónica del mundo*, de Szekely, que un compatriota le vendió al conde Banyay.

Pero tras mucho desvelo y mucho afán, Madeleine y Horvath dejaron concluído el "documento". *Yo confiaba, sin embargo, no utilizarlo para el fin previsto por Madeleine.* Pero mientras jugaba a ese juego en el que no creía obraba como si creyera. Propuso cambios. Declarar que el héroe había pasado los veranos de su infancia en Nyiregyhaza —observó— no era un alarde de sutileza. En Nyiregyhaza hay un establecimiento de campo de la familia de István; ahí, Horvath e István

habían pasado muchas vacaciones. Si ahora no introducían algunas divergencias entre la vida de István y la del héroe, el paralelismo sería demasiado burdo. Horvath propuso tachar Nyiregyhaza y escribir arriba "Tuszer". Al principio Madeleine se negó a estropear su obra; después consintió y después exigió nuevas correcciones, porque descubrió que daban al documento un aspecto más genuino. Antes de la corrección, el héroe, como István, había anhelado explorar las selvas de la India; tacharon "selvas de la India" y escribieron "desiertos de las Indias". *Así, con inversiones, coincidencias, anacronismos, variantes y metáforas, coronamos la biografía de István.*

Mi retorno a la patria se resolvió con alguna precipitación y truncó la costumbre, que entonces me parecía dulce, de vernos con Madeleine, Un adiós al que la posibilidad de ser definitivo y la premura volvieron patético, la mera lejanía, la nostalgia por Francia, que alcanzaba a todas las personas y a todas las cosas allí dejadas, lo persuadieron de que estaba enamorado de Madeleine. Antes de partir le prometió, con fe insegura, llevar adelante la broma. Al llegar a Hungría ya no podía ser desleal a Madeleine: hubiera sido renegar de Francia. *Además, encontré a István obsesionado con el episodio de la posada del Túnel* (*casi escribo*: *en urgente necesidad de una lección*). *En la misma noche de mi llegada me entregó una nota con los datos que había logrado reunir sobre el episodio. Y agrega: Con alivio comprobé que yo había cometido errores al fraguar el manuscrito.* István no se dejaría engañar. Horvath había olvidado que el manuscrito estaba redactado en un dialecto, "en un desconocido dialecto húngaro"; lo redactó en húngaro moderno, salpicado de arcaísmos (no se preocupó de que estos fueran de una misma época). Había olvidado que las páginas estaban escritas de un solo lado y que el papel era terso y brillante (¡su pergamino rugoso parecía tan genuinamente antiguo!). En cuanto a la tinta imper-

ceptible al tacto, tal vez la recordó; debió de parecerle una oscura sutileza, de la que más valía prescindir.

Podía tranquilizarse: el fraude era inofensivo e István lo descubriría inmediatamente. Pensé luego cómo se entristecería la pueril Madeleine si conociera todas las imperfecciones de nuestra obra, y me sentí culpable de esa imaginada tristeza. Ya que los planes de Madeleine habían fracasado, yo haría cuanto fuera posible para cumplir mi compromiso. Temí del futuro; tal vez muy pronto yo despertara de este sueño de imposturas y fríamente explicase a István nuestro propósito de engañarlo. Sin embargo, cometí una nueva infidelidad a Madeleine: tomé una nueva precaución para que el carácter apócrifo del documento se advirtiera. El ingenuo István no encontraría el manuscrito; lo encontraría el profesor. Horvath recordó que el profesor estaba ordenando los manuscritos, en la Biblioteca de la Universidad; recordó *La carta robada*, de Poe, y supo cuál era el lugar más seguro para esconder el suyo (y para que Liptay lo encontrara). Esa misma noche visitó a Liptay, en su despacho de la Biblioteca; Liptay está ausente; en el despacho había tres grandes canastas, donde se amontonaban los manuscritos; nadie notaría que esa noche se había agregado uno más...

Cuatro días después Liptay encontró el documento; ignoro si entonces lo examinó minuciosamente; se lo dió a István. El manuscrito engañó a István. Sé que István lo estudió repetidas veces con Liptay. El manuscrito engañó a Liptay. (No creo que éste, cuando trató de disuadir del trabajo a István, obrara movido por la sospecha del fraude o por envidia; simplemente quiso alejar a István de una obsesión excesiva.) El manuscrito nos engañó a todos; en cierto modo, me engañó a mí también (pero entonces habría que reconocer que no engañó a István ni a Liptay).

Ya hice la revelación atroz. Estuve engañado sobre el alcance de mi obra. No pretendo, ahora, que el documento que preparamos con

Madeleine, en París, en 1904, fuera el que encontraron en el bolsillo del hombre que apareció muerto, en 1607, en una pieza de la posada del Túnel. Afirmo, solamente, que el manuscrito encontrado entonces era una copia fotográfica del que preparamos nosotros. Se trataba de las fotografías que tomó István —porque no le permitían llevarse el documento a su casa y él lo quería seguir estudiando de noche— la tarde que lo vi en el gabinete de los manuscritos, en la Biblioteca de la Universidad. Por eso el manuscrito encontrado en la capa del hombre de la posada del Túnel, aunque tenía el mismo número de páginas que el mío, diferia en que las páginas estaban escritas de un solo lado; por eso el papel era terso y brillante; por eso los trazos de la tinta eran imperceptibles al tacto. Los turcos y los traidores que los asistían, juzgaron que el documento estaba escrito en un desconocido dialecto húngaro: era, simplemente, el húngaro moderno (para ellos imprevisible). Pero hay otros caracteres que permiten individualizar ese documento encontrado en el siglo XVII. Uno de ellos, es que estuviera escrito en líneas cruzadas; otro, es la errónea cita de Ovidio. Yo la agregué a último momento (con extraordinario acierto, Liptay e István descubrieron que se trataba de una interpolación). La agregué como una última contraseña y como un saludo. La contraseña estaba oculta en el error de la cita, que en 1637 dilucidó Tavernier; el saludo era un enamorado ademán a la ausente: Madeleine o Erzsebet (ahora estoy tan nervioso, tan confuso, que no recuerdo a cuál). A través de los símbolos y de las deformaciones, István descubrió que la vida relatada en el documento era la suya. Nunca se formuló a sí mismo este descubrimiento; nunca tuvo conciencia de él; pero sus reacciones son inequívocas... István afirmó que sobre esa vida no tenía más fuentes que el documento y que las discrepancias entre sus conocimientos y el documento sólo podían explicarse por malévolas correcciones del profesor. Las correcciones fueron hechas por mí, antes de que él viera el documento. Pero pretender que el personaje,

en su infancia, veraneaba en Tuszer era vano; István sabía que veraneaba en Nyiregyhaza. István era el hombre de la posada del Túnel. Cuando István, en los lagos, me habló del error de la cita descubierto por Tavernier, comprendí que yo había entrado en un mundo mágico.

Por su parte István sólo entró en el pasado. Fué él quien llevó, en el bolsillo de su capa, la copia fotográfica al siglo XVII.

Puedo evocar la escena de su tránsito. Estaba —como lo atestigua la vendedora de muñecos— en este pabellón, frente a esta mesa, a esta ventana. Tenía, como yo, a la izquierda esta puerta, que da al "museo". Estaba vestido con su capa azul y trabajaba en las copias del documento que yo fragüé. Janós, el cochero, que sin duda había arreglado el cuarto, salió. Entonces István vió que unos hombres que venían del lado de la confitería se reunían con un hombre flaco, vestido de gris, que desde hacía un rato estaba de pie frente a la casa. El grupo avanzó hacia el pabellón. István comprendió que eran de la policía secreta; pensó, con desesperada intensidad, en el cuarto que estaba más allá de la puerta de la izquierda, en el "museo". Siempre había imaginado que allí estaba el siglo XVII; ahora, su imaginación de aquel siglo se concentraba obsesivamente en una pieza de la posada del Túnel, de la posada que había entonces en el sitio donde sus abuelos edificaron el pabellón. Guardó el documento en el bolsillo de su capa, abrió la puerta y pasó... Tuvo tiempo de cerrar con llave. Estaba muy agitado. Su corazón, que siempre fué débil, falló. Pero István no cayó muerto en el "museo"; cayó en el cuarto de la posada del Túnel, en el siglo XVII.

Ahora yo pasaré por la misma puerta. Janós se ha retirado. Unos hombres que llegaron del lado de la confitería se reunieron con otro, flaco, de gris, que estaba enfrente. Ahora todos vienen hacia aquí. No me encontrarán. Yo me voy al "museo", con el vaso de agua que Janós me trajo con el desayuno. Aunque el viaje de István al pasado pruebe que el tiempo sucesivo es una mera ilusión de los hombres y que

vivimos en una eternidad donde todo es simultáneo, yo no tengo el poder de la imaginación de István, que recreaba los objetos y los siglos. Yo no tengo en el cuarto de al lado el siglo XVII, como refugio. Yo tengo solamente un vaso de agua, un poco de arsénico y el ejemplo de Chatterton.

ADOLFO BIOY CASARES

NOTAS

CENTENARIO DE EÇA DE QUEIROZ

La celebración del centenario del nacimiento de un escritor tiene algo de pre-juicio final, en el que se balancean sus posibilidades de inmortalidad. Pero sólo es en apariencia. Cien años pueden ser, incluso, el límite de la vida física, tan distinta de la verdadera inmortalidad, y en todo caso hacen inevitable la presencia de los que por un buen tiempo, y en edades opuestas, fueron contemporáneos del celebrado. La historia literaria está atestada de muertos con supuesta inmortalidad centenaria, y gloriosamente poblada, al mismo tiempo, por auténticos inmortales que pasaron inadvertidos para sus sucesores inmediatos. Por eso, el verdadero sentido de estos recordatorios no consiste en averiguar qué es lo que perdura del muerto ilustre, sino qué es lo que con él murió de nosotros, que lo recordamos. En el caso de Eça de Queiroz advierto, a través de muy recientes relecturas, la inmensa vitalidad de sus obras, cuya fama mundial considero injustamente postergada. ¡Ah, si Eça hubiese sido francés o Anatole France portugués, cuán distintos hubiesen sido sus renombres!

El secreto de esta vitalidad acaso resida en una doble e increíble condición que coexiste en la novelística de Eça de Queiroz: era simultáneamente naturalista y elegante. El novelador naturalista de su época procedía como un arquitecto que proyectara sus viviendas tomando como habitaciones fundamentales las piezas de servicio, las cocinas y los cuartos de baño. Los escritores elegantes, en cambio, sólo delineaban salones de recibo, señoriales comedores o íntimas alcobas. Ambos eran igualmente absurdos, añadiéndose, en el primer caso, la fealdad a la falsedad.

Eça de Queiroz era elegante por naturaleza —no sólo en su vida, sino en las más recónditas sutilezas de su estilo—, y era naturalista por la imposición de un poderoso medio literario: ello lo forzaba a proyectar sus edificios novelísticos, con salones y cocinas, con trastiendas y portadas, y el resultado del complemento

de ambas limitaciones fué una serie de libros, no tan numerosos como desearíamos sus admiradores, en los que su época se nos aparece cabal, integrada por todos sus elementos esenciales y condicionada por su genio literario para una robusta inmortalidad.

La ironía de Eça, tan lusitana, tan latina, proviene en parte de una fatalidad geográfica. Hombre de mundo, en el más amplio sentido de la palabra, hombre de Europa, sobre todo, sintió a su patria ocupando un rincón queridísimo pero mínimo dentro de una totalidad abrumadora. El "portuguesinho" halla en esa condición diminuta un elemento de amor y comprensión que se expresa en la ironía. Su patria es tan pequeña, geográficamente, que su literatura no puede evadirse del encanto de lo regional. Pero su regionalismo está regido por un alto conocimiento de las letras universales, y ello motiva esa actitud, que no es defensiva, sino estimativa, que sabe que en un mundo en el que ya predomina lo cuantitativo como norma, sólo recatado por el manto tenue de la ironía —diré parodiando su hermoso lema— puede ocultarse el fuerte cuerpo del amor a lo que, siendo pequeño, encierra todo el sentido de una vida.

Los argumentos de sus novelas pueden no ser muy originales; *El Primo Basilio* acaso sea una versión portuguesa de *Madame Bovary*, y las mejores páginas de *La Reliquia* acaso hayan sufrido influencias extrañas; nada de eso importa. El valor de Eça no reside en su capacidad para urdir tramas dramáticas sino en su poder de dar vida a seres, situaciones y paisajes a través de una prosa de calidad aérea. El amor a la tierra que perdura en *La Ilustre Casa de Ramirez*, o en *La Ciudad y las Sierras*, la interminable galería de tipos que actúan en *Los Maias*, sin mencionar los que animan sus extraordinarios cuentos con una perfección formal que nada deben envidiar a los de Flaubert, las sutiles cartas de *Fradique Mendes*, nos dicen que, a pesar de lo inevitablemente pretérito, lo que aún perdura, es decir, lo que sigue latiendo con nuestro mismo ritmo, lo que de aquella vida de fin de siglo ha sido salvado, recuperado en inmortalidad por su estilo, es lo que predomina en su obra.

Aún no podemos otorgarle inmortalidad, pero es nuestro deber agradecerle todo aquello en que su vitalidad nos recupera, al coincidir con la nuestra.

EDUARDO GONZALEZ LANUZA

VUELTA A MORAL Y LITERATURA

Al responder al cuestionario de SUR [1] sobre el tema de la moral y la literatura no consideré suficientemente el primer punto: "¿Tiene razón Oscar Wilde cuando sostiene que no hay libros morales o inmorales, sino únicamente libros bien o mal escritos?"

El esteticismo de Wilde se propuso expulsar la moral del arte. Que es como si un hombre quisiera expulsar de sus pulmones el aire que respira. La personalidad tiene inspiraciones y expiraciones morales. Y ni siquiera Wilde pudo evitar el moralismo.

Por eso conviene que el escritor afine muy bien su visión moral. No sea que se le empañe. Si se le empaña, su obra también le resultará turbia por algún lado. La misión del artista es contemplarse a sí mismo, ponerse en claro, configurar estéticamente las experiencias íntimas que le parecen valiosas y objetivarlas en una serie de palabras que han de suscitar y controlar en el lector la evocación de experiencias parecidas a las propias. En este enérgico proceso de la fantasía entra a la carga toda la personalidad: si la personalidad es rica, profunda, histórica, original, afirmará nuevos valores morales. Puede que el artista, en su conducta práctica, sea cobarde, débil, acomodaticio, inconsecuente, cínico y aun depravado. Estas anécdotas apenas interesan para apreciar su arte. Lo importante es que el artista se conozca a sí mismo, que vea lúcidamente su honda dimensión moral, que nos diga cómo estima la vida del prójimo y el conflicto del prójimo consigo mismo, que se nos muestre en sus reacciones, padecimientos y goces. Es decir, que debe tener una conciencia moral; lo que no es decir que esa conciencia proponga normas a nadie. Un artista para quien su intimidad tenga zonas de luz y zonas de sombra producirá obras con lunares. Será fino y original en lo que conoció muy bien; será burdo y obvio en lo que nunca vió... Por ejemplo: el esteta Oscar Wilde afeó su obra, no por su amoralismo, sino, al

[1] SUR, Nº 126, abril de 1945.

contrario, por no haberse despojado de sus ñoños sentimientos morales. Creyó que "toda simpatía ética amanera el estilo" y, por higiene, quiso despreocuparse del problema ético. Despreocuparse del problema ético quiere decir no reparar en la mutabilidad de los valores, no introducir cambios en la escala de estimas corriente, no analizar los móviles hondos de la conducta, no hacer un esfuerzo para conocerse a sí mismo. El resultado fué que sus páginas se le llenaron con el peor contrabando moral, el de los juicios tradicionales, el de la cursilería plañidera. *The Happy Prince and other Tales* y *A House of Pomegranates* recuerdan a Hans Andersen por lo previsible de la moraleja. Aunque Wilde la disimule detrás del esteticismo, su piedad sensiblera aflora irrestañable en sus cuentos; entonces se ve que, por no haber pensado a fondo sobre la moral, su arte se contaminó de moralina. En *The Happy Prince* no reveló ninguna reacción ética profunda ante la miseria social, sino tan sólo un sentimentalismo de señora caritativa. Y aun *The Picture of Dorian Gray* resultó escandaloso en su tiempo sólo porque las gentes —como observó agudamente Arthur Ransome— creyeron que la complacencia estética de Wilde en el lujo era también complacencia moral en el pecado. Lo cierto es que *Dorian Gray* es una nueva versión del folk-lore de los pactos con el demonio, con la consabida moraleja. El exquisito Wilde, que creía estar más allá del bien y del mal sólo porque sentía en sí las perversiones literarias del *A rebours* de Huysmans, no dejó nunca de ser un aldeano: creyó en la moral dominical de su campanario; a lo más, se burló de la respetabilidad victoriana... Compárese a Wilde el cosmopolita con Thomas Hardy el regionalista, y se verá que aquél no salió nunca de su pobre aldea moral y éste, en cambio, de reflexión moral en reflexión moral fué metiéndose por el gran laberinto donde construyó sus novelas estupendas.

Al final de *The Devoted Friend* Wilde dice que escribir cuentos con moraleja es muy peligroso. Pero lo peligroso para el artista es creer, como él creyó, que "la esfera del arte y la esfera de la moral son absolutamente distintas". Si nos imaginamos a nuestra conciencia dividida en un Yo estético y en un Yo moral y luego nos dedicamos a cultivar el Yo estético, lo que ha de ocurrirnos es que el Yo moral se nos cuele sutilmente a la obra y, como no lo hemos cultivado, nos eche a perder cuanto hagamos. El arte es expresión del conocimiento del hombre por el hombre mismo; toda la personalidad debe cultivarse para que su expresión sea valiosa.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Libros

ENSAYOS, NOVELA

ROGER CAILLOIS: *Les Impostures de la Poésie* (Lettres Françaises, Buenos Aires, 1944). —

I. *Situación de la poésie* —primero y principal de los cuatro ensayos que componen este pequeño libro de Caillois— impugna el lirismo eruptivo y descuidado en que ha incurrido hasta el cansancio un sector de los poetas de hoy. Abandonando las normas peculiares de la poesía, tales autores realizan lo que el ensayista califica de "mauvaise prose, une manière paresseuse de s'exprimer". Al mismo tiempo, la ambición sin límites crece en ellos, y se atribuyen los títulos de mago, profeta, vidente o metafísico. Descree también Caillois de quienes, desdeñando elementos anecdóticos y sentimentales, procuran aislar la poesía en busca de su pureza. Se coloca, en una palabra, frente a las más poderosas corrientes poéticas del siglo, y aboga, en sustitución de ellas, por una poesía "humble et triviale". Define este arte como "une sorte d'écriture qui, obéissant non seulement aux contraintes de la prose, mais encore à d'autres qui lui sont spéciales, nombre, rythme, rappel périodique des sons, doit *partant* la surpasser en pouvoirs" (el subrayado de esta transcripción, y de las que siguen, es nuestro), Señala luego los objetivos que a su juicio mejor convienen a la poesía: la patria y el alma (según se desprende de una cita de St.-John Perse); la expresión de los sentimientos y particularmente del amor.

Los tres ensayos restantes, en realidad, se limitan a ampliar y desarrollar aspectos del primero. *Pour une esthétique sévère* aplaude el predominio de las facultades intelectuales durante la creación artística. *L'héritage de la Pythie* analiza el papel de la inspiración, llegando a la conocida conclusión de que ella no existe sino en cuanto producto de la reflexión, aunque inconsciente. Y *Les impostures de la poésie* —que da título al libro— analiza con destructora detención las falsas encarnaciones que se ha atribuído la poesía de este tiempo.

Preceden y cierran el libro dos "impressions de nature", homogéneas con

el resto de él, a pesar de que su tono se vuelca hacia lo poético. La primera —*Les arbres de lapa*— es un agudo discurrir sobre el espontáneo crecimiento del mundo vegetal, espontaneidad que el autor desearía ver totalmente ajena al proceso intelectual del hombre, todo lentitud y esfuerzo. Y la segunda —*La plaine*— es una disquisición sobre la llanura, evidentemente referida a la argentina, a la cual atribuye con verdad y belleza el simbolismo de lo despojado, ascético, del tipo de pensamiento a que aspira. Esta meditación nos recuerda, por su seriedad y agudeza, aquella otra de aquel otro ilustre visitante: *La pampa... promesas*. Y se la agradecemos a Caillois, como argentinos, al mismo tiempo que su presencia misma entre nosotros, su ejemplo de trabajo y de talento.

II. En esencia, este libro representa una reacción clásica, intermedio entre las dos tendencias extremas que vienen dominando el campo poético desde la postguerra anterior: la acerbamente romántica (superrealista) y la conocida por deshumanizada (poesía pura). Esta dualidad estética y la balanceada ubicación de Caillois respecto a ella son, naturalmente, esquemas, simplificaciones: a través del discurso del ensayista se advierten parciales coincidencias o inesperadas discrepancias con una y otra tendencia; pero su hilo esencial va por donde queda dicho. Es que ambas corrientes concordaron en ampliar hasta la exageración el valor de la poesía y de los poetas; este librito procura poner a una y a otros en los que conceptúa sus debidos lugares; por ende, a disminuirlos: zapatero, a tus zapatos. En este sentido, es valentísimo: mas, a pesar de defender una posición de equilibrio, es desequilibrado, parcial, casi panfletario. Así lo declara en el prólogo, por otra parte, su propio autor: "il s'agit d'une attitude d'une réserve si extrême, si hautaine et d'un scrupule si excessif qu'elle en devient audacieuse".

Esta posición saca buen partido de un estilo rico y brillante. Sonoro, elegante, metafórico, muy francés, en una palabra. Llevado por las febriles y tentadoras alas de su idioma, Caillois cae por momentos en una dilatación y frondosidad que perjudica la sobria elocuencia que se nos ocurre indispensable en el ensayo; por momentos en explicaciones un tanto pedagógicas que se justifican por la actitud persuasiva de los más que ha sido, sin duda, una de sus intenciones.

Sin que ello signifique plegarnos a las fuerzas extremistas que Caillois ataca, creemos que hay una conquista que puede y debe defenderse: la elevación

de la poesía a sistema de conocimiento, la superación —sin desdén— de esa humildad que él pregona; por lo menos, y colocándonos en el reducto que él mismo determina, la existencia de la poesía "hors des *vers*": la caducidad definitiva, en síntesis, de la ya polvorienta oposición verso-prosa. El mismo Caillois expresa: "la poésie, qui n'éxiste par hors des *mots*, peut exister par contre partout qu'il y en a": lo indispensable, pues, son las palabras y no los versos. Batiéndose con los partidarios de la poesía pura, invoca las ingentes masas poéticas legadas a la humanidad por Homero, Dante, Racine, Baudelaire, por encima de las distinciones retóricas. ¿Por qué, entonces, reducir la poesía a tan estrechos límites?

Varias preguntas más se nos ocurren en torno de algunas de las proposiciones que el ensayista establece. Una: si los mejores prosistas —desde Cicerón— han hecho y hacen prosa rítmica, ¿cómo diferenciar la prosa de la poesía por esas "contraintes" de las que el ritmo es tal vez la principal? Otra: a más imposiciones —se postula— más posibilidades de perfección. ¿Por qué aceptar ese principio de una manera dogmática? Esas imposiciones o normas, puramente técnicas, actúan de dos modos: favoreciendo la agregación de cualidades e impidiendo la intromisión de vicios. Para que estos dos fines se cumplan armoniosamente debe haber, además, una perfecta adecuación entre estas imposiciones técnicas, lo que se quiere expresar y las aptitudes individuales del artista. Allí donde esta adecuación falte o se desajuste, comenzarán a subvertirse las funciones de tales "contraintes" y las veremos actuar en beneficio de los defectos y perjuicio de las cualidades.

Caillois, por lo demás, no deja de admitir una misteriosa e imprecisa virtud de la poesía, que no es la rima, el ritmo ni el número: "il est des poèmes qui contiennent un *apologue énigmatique* dont on est convaincu qu'il est vrai, sans qu'on sache quelle situation intérieure peut le préciser et l'expliquer". ¿De dónde deriva, pues, esa seguridad? ¿Qué pasaría si se nos presentara en un prosista —ha sucedido y sucede—, a pesar de tener éste menos "pouvoirs" que un poeta? ¿Diríamos que su talento ha elevado un instrumento inferior? ¿Hubiera logrado más, acaso, de haberse atenido al verso?

Preferimos seguir pensando que la poesía, gran aventura del espíritu, se vierte en el molde que mejor convenga en cada caso a sus propias características y a las de su creador; verso y prosa son diferencias preceptivas. Admitamos, cuanto más, que el verso parece favorecer la expresión de los temas tradicional-

mente propios de la poesía, y, a la inversa, la prosa los del pensamiento especulativo y práctico.

III. Este libro —"formulaire incomplet et provisoire" lo llama su autor— quiere ser y es un buen paño frío o balde de agua, cayendo sobre los exagerados cultores de la poesía como délfico misterio. Sus puntos de partida, creemos, no pretenden ser precisamente nuevos, como no sea por olvidados: sus raíces están a la vista en los más clásicos teorizadores de lo clásico. Entre nosotros, ya Lugones definió en 1927 (en la *Exposición de la Actual Poesía Argentina*, de Vignale y Tiempo) que la poesía es en esencia emoción y música, ya se quejó de la falta de poetas del amor, ya denominó a los martinfierristas "prosistas jóvenes"; y ya sostuvo en 1909 (prólogo de *Lunario Sentimental*), adhiriendo a un principio de Richter, la misma teoría: a más reglas, más eficacia en la creación poética.

Pero en los momentos que corren, esta obra de Caillois adquiere una significación especial. Ha pasado ya la efervescencia apasionada de la sangre neorromántica del siglo XX; el poeta se está tornando más modesto, más consciente, más formador. Otros síntomas, en el orden local, fortalecen estas presunciones. Quiero citar algunos, que atañen precisamente a la última promoción de poetas, que llevó al extremo los principios combatidos; a cuya promoción debemos suponer especialmente dirigidas las aleccionadoras palabras de Caillois, ya que a ella, por estar ahora realizándose, podría ser fatal la herencia de la Pitia.

Recorramos los últimos libros publicados por la plana mayor de los nuevos poetas. Vicente Barbieri se aplica ya definitivamente, al parecer, a lo argentino, la patria que Caillois recomienda como tema: *El Río Distante* —prosa pero poesía— y *Cuerpo Austral*. Ahí se ha afianzado un poeta como Miguel D. Etchebarne, cuya *Lejanía* es la nítida, formal, inteligible y bella resurrección de una infancia campesina a la luz de una madurez melancólica. Y J. R. Wilcock avanza, en *Ensayos de Poesía Lírica* y *Persecución de las Musas Menores*, hacia un romanticismo directo y dibujado, candoroso a veces; la recomendada poesía de los sentimientos, que también nos ofrece Daniel Devoto en *Canciones contra Mudanza*. Silvina Ocampo, en *Espacios Métricos* —formalista desde el título— refirma su vocación culta y laboriosa, de entrecortada dulzura. Y, en la esfera crítica, se registra en Paraná la aparición de la revista *Sauce*, dirigida por Carlos Alberto Álvarez, que, según palabras de su *Programa*, "se concretará a presentar

las muestras de lo que valga y a fomentar, en nuestros poetas, el hábito de la reflexión —crítica y autocrítica—, tan menospreciado". Su material no desmiente sus propósitos: es de calidad, y comprende la dosis precisa de lo nuevo y lo viejo de auténtico valor.

Todo lo reseñado —poesía y crítica— hace pensar que el actual momento de la última generación poética es esencialmente crítico. Evolución perfectamente natural a través de la edad de nuestros más recientes escritores, aunque en algunos —más serenos— se produjo desde el primer momento ese freno intelectual que hoy va alcanzando a todos.

Puede estar tranquilo Roger Caillois, pues su prédica —más allá de divergencias retóricas— es oportuna y será eficaz, pues coincide con muchas voluntades e inteligencia: *Les Impostures de la Poésie*, los poetas citados y otros más, la conciencia estética general, aunque en distintas materias, modos y lugares, son avanzadas del sentido clásico, delineador, que está sometiendo a enjuiciamiento a los jugos románticos generosamente destilados en estos últimos tiempos; son todas agujas que designan la misma dirección, y síntomas tal vez y ojalá de un amplio movimiento estético. ¿Estaremos estructurando nuestro clasicismo a costa de aquel romanticismo? Recuerdo las palabras de Ramon Fernandez: "en fait, le classique vivant est le dernier terme d'une croissance romantique, non point sa négation mais plutôt sa réforme et son couronnement".

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

ERNESTO SÁBATO: *Uno y el Universo.* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1945). —

Este primer libro de Sábato no es en verdad un primer libro. Entre nosotros lo más corriente es que el libro preceda al escritor. Se comienza por editar, después se va sabiendo qué es lo que se quiere, aprendiendo el oficio. No es de extrañar así que muchas veces el escritor permanezca nonato, aunque se sucedan otras experiencias. Natura siempre se mostró poco dispuesta a dejarse convencer por Salamanca. Sábato ha procedido de otro modo. *Uno y el Universo* podrá ser el primer título que publica, pero la plenitud que pone de manifiesto, su arte y su pensamiento sazonados, aluden a una vasta obra inédita.

Nunca me he imaginado a Sábato de otra manera que como escritor. No lo veo partiendo de viaje desde la "clara ciudad de las torres", sino regresando a su propia ciudad. Su patria es esta a la que vuelve; esta es su tierra. Aquella otra, sí, era la de la incursión, la fortuita, la del éxito ya seguro pero extraño, la del halago pero también la del cercenamiento. Aquí estuvo siempre en alguna forma, no en la muelle nostalgia, sino rechazando sin cesar la tentadora apostasía, velando sobre su camino de reintegración, preparando su instrumento en secreto y sin desmayo.

Este instrumento posee un sonido muy duro. Ataca los ejercicios más intrincados y los torna diáfanos. Lo que por su medio se afirma o refuta aparece tan incontestable, que no ha de faltar quien, ante algún caso, llegue a creer que se trata de una ingenuidad, y quien de una trampa. Pero no será a buen seguro ni lo uno ni lo otro. La verdad es que la buena prosa suele cumplir una benéfica acción abstergente sobre toda clase de problemas, por arduos que ellos sean.

La influencia que "la Revista de Occidente" ha ejercido en nuestros intelectuales, comprende también modos y formas. Fué en su tiempo una superación. Es cierto que, en general, la expresión culta no se logra sino a expensas de cierto *lujo,* de cierto exceso. Por ello hay que advertir que este libro, caso no acostumbrado, escapa a tal exigencia. Posiblemente la formación científica del autor tenga su parte en esta inmunidad. Puede llamar la atención —y la llama, no hay duda— el juego de sus ideas, por veces ingenioso y desconcertante; pero obsérvese que nunca la prosa abandona el papel que le corresponde, esto es, el de ser precisamente instrumento, simple medio. La palabra cumple así, modesta, su cometido, y de esta servidumbre a un fin más alto —la idea— surge fresca, grácil, ascética. Admiro esta disciplina y la propongo para ejemplo.

He hablado más arriba del ingenio de Sábato. Para muchos lo ingenioso es poco menos que sofistería: soluciones o argumentos aparentes, que pese a estar planteados con lógica corrección, niegan la realidad y no operan sobre ella. Pasemos por alto la importancia que de todos modos tiene para la teoría del conocimiento el hecho de que la realidad no coadyuve siempre a la razón humana: de que no obstante demostrar ésta que Aquiles es incapaz de alcanzar a la tortuga, la experiencia se empecine en demostrar lo contrario. No es a esta clase de ingenio a la que me he referido. El ingenio de Sábato no consiste sólo en ese su discurrir tan flúido y lleno de donaire. Su mejor virtud la encuentro en su febril desasosiego, siempre alerta contra las falsas convenciones, afanoso por recoger el

testimonio de las cosas; en su valentía, en su lealtad para con su propio dictado. El tipo de ingenio sofístico encuentra su placer en disgregar; su filosofía, si tiene alguna, es justamente destruir la filosofía, la existencia de las verdades generales, menos una: la inexistencia de las verdades generales. Esgrime por lo común una verdad *chica* que hace de tijera y corta las conexiones. Pero del hecho de que haya falsas conexiones no puede sacarse más que una conclusión: que existen falsas conexiones. Negar la conexión me parece excesivo.

El afán de Sábato, en cambio, es lograr esa verdad general. No le contentan muchas de ellas, pero su protesta no es óbice a tal aspiración; es su consecuencia. Declara no poseer ninguna *Weltanschauung*, ningún sistema perfecto, pero esto no quita que crea en una verdad universal, a la que la inteligencia debe acercarse tanto como pueda, desvaneciendo errores, certezas anacrónicas, prejuicios e intereses. Que la inteligencia pueda poco y que el logro completo de tal empresa sea remoto, si no imposible, esa es otra cuestión a la que me voy a referir en seguida.

He leído por ahí que este libro es la obra de un espíritu escéptico. Pero ¿qué es escepticismo? Más de una vez me he formulado tal pregunta al observar el hecho curioso de cómo, por lo común, todas las manifestaciones de la inteligencia despiertan esa especie de impresión, no siempre juiciosa. Mucha gente se siente inclinada a suponer que la inteligencia conduce por fuerza al escepticismo; más aún, que es en sí misma escéptica. Habría que concluir entonces que las certidumbres tienen su raíz en un eclipse del discurso lógico. Pienso que esta fórmula se puede invertir con bastante éxito. La función de análisis y de crítica que es propia de la inteligencia, al imponer un límite a las convicciones —ese límite vienen a ser las reglas del dogma—, no sólo no las destruye, sino que las promueve, las fortalece, las torna operantes. Hay que advertir que el factor ideológico constituye un elemento de creciente importancia en el debate de nuestro tiempo. En tanto, el escepticismo, por lo menos apreciado en forma taxativa, es más bien de tipo humoral y corresponde a la psicología del *hombre del subsuelo*. No puede aceptarse de ninguna manera que aquel que afirma *creer en algo* no sea racional, y sí lo sea en cambio aquel que asegura *no creer en nada*. Tampoco puede aceptarse que para no ser escéptico haya que *creer en todo*. Es pertinente hacer varios distingos.

Cuando la inteligencia conjetura o pronostica, es susceptible o no de caer en el escepticismo; cuando la inteligencia corrobora, ya es algo más difícil. Sería

un tanto desorbitado tachar de escéptico, por ejemplo, a un médico por el mero hecho de extender un certificado de defunción. Un documento de tal naturaleza dista de ser una opinión sobre la resurrección del alma o el más allá.

¿En qué sentido es escéptico este libro de Sábato? Si nos referimos a la creencia en Dios, habrá que admitirlo; pero yo me atrevo a decir que no tiene gracia darle una acepción tan general al término, despojándole de buena parte de su significado. Además, se puede creer en un Dios y ser escéptico en otros órdenes importantes. Tampoco me parece apropiado tachar de escéptico al que reconoce que el conocimiento es impotente para aprehender *la cosa en sí.* Sería abusivo negar toda verdad a causa de tal impedimento. Es más prudente ceñir la negación en cuanto a la verdad de la cosa.

No estaría demás limitar el uso del término a un caso: el hombre y su destino. Aquí conviene distinguir. Si colocamos al hombre respecto al Universo, que es un espacio infinito y un tiempo eterno, la operación no deja un saldo muy halagüeño para éste. Comprobamos que el hombre es ínfimo y perecedero, un episodio en un mundo indiferente, cuyo desenlace tampoco le pertenece. No hay alternativa en este planteo. Lo contrario— el hombre centro del Universo—, no hay duda que es confortante, pero en cambio está lejos de ser racional. Sólo fuera de este terreno, en el religioso, se puede revalidar este antropocentrismo. Las condiciones para ello resultan poco benignas. Se requiere nada menos que un destino, el cual, para que sea válido a la conciencia del hombre y no coincida con la fatalidad, debe involucrar la libertad de destino. Esta libertad a su vez demanda el libre albedrío, que es su causa generadora. Por su parte el libre albedrío sólo puede ser dispensado por Dios. Aquí no paran las exigencias. Todos los dioses no son indistintamente aptos para que esta fórmula tenga el efecto deseado. Tiene que tratarse del Dios cristiano, de ese Dios cuyos atributos y designios se han ido elaborando en una larga especulación, que va del Génesis al Evangelio; de Jehová, intervencionista, que elige a un pueblo, al Señor, prescindente, que da a elegir al hombre entre el bien y el mal, y para ello debe reconocer a éste iguales derechos, pues lo contrario significaría condenar al hombre al bien, negarle precisamente el libre albedrío.

No pasa así en otras religiones. Para los Vedas, Brahma es todo lo que existe y el paradero del alma. El destino del hombre es la *con-fusión* con el mundo. El yo personal es aniquilado y engarzado en un yo universal. Su vida

debe estar dirigida a reintegrarse a un orden originario y perfecto. No creo que esto sea muy consolador para la conciencia.

Tampoco es éste, pues, el terreno más indicado para esgrimir el calificativo de escéptico, ya que desemboca en la religión. Resta, no obstante, una instancia más para habilitar el uso del término, y a la cual habría que adjudicarle la exclusividad. Me refiero al destino más inmediato del hombre, es decir, al destino de éste, no en relación con el Universo, sino respecto de sí mismo, al destino de la especie. Una cosa es ubicar la morosa civilización humana en el imponente marco sideral que la rodea —reconozcamos que este rodeo no es muy asfixiante; de ahí su gravedad—, y otra, poner frente a frente al hombre de las cavernas con el hombre de nuestros días. La ventaja para este último será innegable. (Hablo, naturalmente, del término medio; sería arriesgado desconocer, y menos hoy, la existencia de grupos cavernícolas para los que los siglos no han pasado y que siguen manifestando la misma tendencia rupestre por la inscripción mural e idéntica desaprensión en materia de cultura, ropa y calzado.) En este orden, escéptico sería quien no creyera que el bien, la justicia, la belleza, se abren paso, aunque lentamente, en la vida de los hombres.

¿Habrá entre los lectores de este libro, alguno que dude de la rotunda convicción del autor en tales postulados; de su *fanatismo*, que lo lleva a reservar su ironía más exasperada —en Sábato, no engañarse, la ironía es una forma de su apasionamiento— para los enemigos del progreso, para los detractores del hombre? ¿Puede echarse al olvido su propia confesión? "*Credo*: exaltar al hombre. Regalo a otros, de buen grado, la posibilidad de humillarlo. Elijo la fuerza, el optimismo, la dignidad, la fe."

Podrá ponerse *melancólico* ante las limitaciones del conocimiento, ante los problemas que caen dentro de la Teología o de la Metafísica, pero siempre que se trata del hombre histórico es dable advertir que su ánimo se repone de inmediato. Participan de la tunda, pragmatistas y aristotélicos, laboratoristas y anti-cientificistas, realistas ingenuos y surrealistas. Su sonrisa se va crispando y su agresividad aumenta, a medida que el delito de torpeza es mayor, a medida que pasa de las cuestiones de la inteligencia al terreno en que cesa la discusión, en que hay que defender a esa inteligencia, de los que la niegan y persiguen. He mencionado *Ideología de la barbarie y Fascismo.*

La amenidad que posee *Uno y el Universo*, su rutilante atmósfera, su humor, travieso y jovial unas veces, incisivo otras, son ropajes con los que una sensibilidad nada declamadora ha preferido expresar su congoja. Todos los temas de Sábato *quitan el aliento*: son de agonía; tratan de alguna manera de la lucha del hombre por la verdad, por su destino, por *conquistar su alma inmortal*, como quería Unamuno. Recorren sus páginas la Creación, con su eternidad y su infinito; y el Hombre, con su impotencia y su muerte. Aparece, así, invocada, la imagen del titán encadenado, por lo que el corazón se oprime y padece, ya que se ve a sí mismo en él, y comprueba una vez más que Prometeo sigue sujeto a sus cadenas y a su horrible suplicio, y que lo estará siempre, por los siglos.

Por ello, aunque el acento patético haya sido proscripto de *Uno y el Universo*, este libro encierra una angustia. Sus buenas maneras, su tono, no alcanzan a ocultar que ha sido escrito en el desvelo.

ARTURO SÁNCHEZ RIVA

HARRY LEVIN: *James Joyce. A critical introduction* (Faber & Faber, Londres, 1944). —

Frente al monstruo obsesionante y contradictorio que es James Joyce visto a través de tantos exégetas apasionados por su obra, y de hordas de críticos malintencionados, atrabiliarios, está el verdadero James Joyce, tal como surge nítidamente de sus propias obras. Herbert Gorman es autor de una voluminosa biografía del gran artista: no es más que una noticia de *Who's Who*, tediosamente inflada. Stuart Gilbert ha complicado las 700 páginas de *Ulysses* en las 400 páginas de su *James Joyce's Ulysses*. Y, últimamente, Campbell y Robinson en su *A Skeleton Key to Finnegans Wake* persiguieron a esta obra en un trabajo quizás tan arduo como el de Stuart Gilbert, aunque menos ingenuo.

Todos esos críticos y todos sus análisis, tratando de aprehender las *fuentes* de Joyce, dejan de lado a Joyce; y analizando las partes que forman su obra, excluyen a ésta.

Un libro como el de Harry Levin, por lo tanto, sólo puede ser acogido con alabanzas, porque está llamado a realizar una tarea necesaria, de auténtica *higienización*, en cuanto que su subtítulo —"una introducción crítica"— se cumple, que extensas monografías han oscurecido más que el propio Joyce.

Concebido al mismo tiempo como reseña biográfica y estudio crítico, traza con hábil erudición el paralelo notorio, aunque muchas veces descuidado, entre las vicisitudes personales del novelista y sus creaciones.

Sigue, así, la evolución que realizó desde el grito hasta la cadencia, desde el caos de las especulaciones estéticas (sobre las cuales tanto informa *Stephen Hero*, que "New Directions" acaba de publicar) hasta sus bellas, perdurables, y a menudo herméticas obras; analiza cuidadosamente las tres etapas de este desarrollo: el período propiamente dublinés, al cual corresponde *The Portrait of the Artist;* el de la culminación individualista, con sus años de penoso exilio, señalado por *Ulysses;* el último, al cual corresponde *Finnegans Wake*, en el que Joyce supera su epopeya de Dublin con una epopeya de la humanidad inspirada en la filosofía de la historia de Vico.

Sin ingenuo fervor, Levin aclara la influencia de Joyce sobre toda la novela contemporánea. Investiga desapasionadamente sus precursores literarios. Y, como representante de una generación que ha superado la época de crisis espiritual que el exilado de Trieste, Zürich y París logró expresar mejor que ningún otro, Levin lo juzga a través de sus legados, el más fértil de los cuales es, quizás, "haber aumentado enormemente las dificultades para ser novelista".

Visto a través de este libro, Joyce aparece en toda la magnificencia y con todas las frustraciones que implica su búsqueda ardua de la *naturalidad*, con los inevitables triunfos y fracasos que acompañan a sus aventuras épicas, con los espléndidos triunfos del artista honesto y laborioso, con los desalentadores fracasos de toda una generación en crisis.

Y se ve, sobre todo, al *hombre* Joyce, amante de la vida, con algo de ironía, y temeroso de la muerte, con algo de esperanza. Se ve al hombre.

E. L. REVOL

MIGUEL A. TORRES FERNÁNDEZ: *Hay otro cielo en el sur* (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945). —

Desde *Don Segundo Sombra* —y exceptuando las novelas de Amorím, por ser de "la otra banda"— no he conocido en la narrativa vernácula de aquí un libro que se le aproxime más —siendo tan distinto como es— en vigor elemental,

en plasticidad descriptiva y en la calidad del lenguaje. No quiere decir esto que haya analogías en las cualidades enunciadas, sino que lo que en el relato de Güiraldes se destaca con matices predominantes prevalece asimismo en la trayectoria de Santiago Alejandro Garro —personaje central de la narración— como su atributo más eminente. Confieso que no he leído los últimos libros de género narrativo publicados en el país, entre los cuales algunos han obtenido premios oficiales. Esta parquedad informativa no me permite hacer confrontaciones. Pero, sin apoyarme en datos comparativos, puedo aseverar que *Hay otro cielo en el Sur* es un libro fundamentalmente bueno. He aludido a sus cualidades más sobresalientes. Su vigor, su fuerza, proviene de que trasunta algo dolorosamente vivo y concreto: la naturaleza dramática del medio y el hombre confinado a vivir las contingencias de ese medio cerril y primitivo (me refiero aquí al capítulo primero). Y además, desde la oscuridad de esa comarca desamparada por donde Santiago Alejandro Garro anda como a tientas, conmovido y atónito, el mensaje implícito en el libro trasciende con un tono confesional tan sincero que llega a la dureza, al dicterio, al grito casi. Sus anécdotas laterales, sus aristas no del todo pulidas, cierta propensión a hiperbolizar hechos menudos, alguna proclividad a las escenas de tinte realista (en el sentido del naturalismo que oscila desde Zola hasta Galdós), el discurso un poco recurrente sobre la beodez de don Esteban —espectáculo que tanto había de influir en la psiquis del niño—, son altibajos inherentes al fondo temperamental del libro que no empañan ni amenguan la pureza original con que está concebido y realizado.

He aludido también a su plasticidad, plasticidad que reside para mí en el buen manejo del material humano de sus figuras y en la captación táctil y veraz de los elementos que configuran el contorno terrígeno. Son suficientes algunos trazos físicos o psicológicos, concisos, perspicaces, para que las figuras resalten con el relieve y la naturalidad de los tipos que re-crean. El paisaje, en general, está bien observado y reflejado; se percibe en él el color y la atmósfera tales como son en la realidad, sin trastornos ni cargazones superfluas. La trama argumental, animada y prieta en la primera etapa, decae y se diluye en el capítulo sobre Buenos Aires (donde la anécdota eventual sobrepuja a la trama del relato), para cobrar de nuevo vibración y densidad en la etapa posterior y culminar con un diálogo sorprendente, sin congruencia al parecer con el desarrollo más bien simple del argumento, pero coherentemente ligado a la evolución interior del protagonista. Ese diálogo, que impresiona como lo más complejo y

menos anecdótico del libro, explica sin embargo muchas cosas; explica incluso hasta qué extremo había obrado lo involuntario y lo azaroso en la vida de aquel adolescente desasido de su medio que, en contacto otra vez con la tierra donde se reconoce, siente el aguijón de la voluntad creadora y quiere comenzar creándose, primero, él mismo. Pero hay algo que no ha vivido aún y es entonces cuando siente, con el ímpetu de un gran frenesí, el llamado profundo del amor. Con la fuerza y la confianza —con la fe— que le otorga el amor, podrá ya, en adelante, *hacer* algo. Lo importante al fin es que ha tomado conciencia de ese *hacer* en el que quiere comprometer su juventud, hasta entonces aterrada, ansiosa y dispersa. Por eso creo que es aquí donde todo lo anterior se justifica y asume su máximo sentido. Lo anterior, para mí, no es sino lo que fluye oscuramente como la savia de una planta para engendrar un día el fruto de esa conciencia esclarecida sin la cual la vida no tendría tragedia ni sentido.

He aludido, por último, al lenguaje. Creo que la novela necesita un lenguaje propio; un lenguaje, podríamos decir, específico, entendiendo por ello un instrumento verbal de aplicación estricta y circunscripta a un objeto primordial: la narración explícita de la vida en todos sus aspectos. Se trata, en suma, de manejar un lenguaje adecuado para cierto fin. Obvio es señalar que dentro del tipo genérico de dicho lenguaje conviven y alternan los innumerables matices que informan el estilo de cada autor; y dentro del estilo individual estos matices varían a su vez —pues nada hay más plástico que el lenguaje— según el carácter o la idiosincrasia del clima que reflejan y cuya modalidad típica configura, en definitiva, las gradaciones, el tono, la modulación fundamental de ese lenguaje. No es otra la causa por la cual una novela de Dickens, de Dostoievsky o de Balzac, siendo universales, reflejan siempre ese transfondo local, comarcano, en donde se originan, sin que por ello adolezcan de menguas fronterizas. Hay en el libro de Torres Fernández eso que podría identificarse como un estilo personal; un estilo que trasunta con fidelidad la idiosincrasia y el clima del paisaje vernáculo. Estimo eso como condición fundamental de toda novela cuya misión es reproducir ambientes y tipos por medios directos y objetivos o sea de modo que la representación literaria responda llanamente al modelo que la realidad circundante propone al creador. Por momentos se bordea lo pintoresco —como, por ejemplo, en el relato casi ininteligible de Liberata y en los pasajes en que se quiere reproducir la jerga cosmopolita del suburbio porteño—, pero si se contempla este aspecto no en su expresión literal sino por lo que aporta como

documento de modalidades típicas de ciertos ambientes, resulta evidente la comprobación de que no se hace ninguna concesión oficiosa a ciertas maneras tan usadas ya por los aficionados a una sediciente literatura folklórica. El procedimiento de reproducir el lenguaje autóctono de los personajes es de antigua data en la narrativa novelesca, especialmente en la de raigambre vernácula, y como acaece en *Don Segundo Sombra* o en *La Carreta* y en algunos relatos de Hudson, suele constituir uno de los recursos más persuasivos de la narración.

Ahora se me ocurre inquirir lo siguiente: ¿Se está aquí ante una novela, propiamente dicha? Veamos: los elementos en juego son los formativos de una novela; la trama refleja la connotación casi siempre coherente de los pormenores que entretejen la vida; el lenguaje usado es el instrumento verbal que conviene al género narrativo, pero, no obstante ello, hay algo que parece insinuar que este libro no es, en la concepción clásica del género, una novela. Ese algo, ese matiz diferencial reside, a mi juicio, en el prurito —no adventicio sino entrañablemente intencional— de *confesión* a toda voz, confesión que aunque no está hecha en primera persona se percibe tan patética como si en realidad lo estuviera. Lo que observo aquí habla quizá más en favor que en contra. El autor se habría propuesto acaso hacer una novela, pero las "causas" sobrepujaron en ella los "efectos". ¿No es esto mucho más importante, visto desde un ángulo interior o sea desde donde trasciende el puro acaecer de la vida de un hombre? Creo que en lo sucesivo Torres Fernández podrá ya escribir novelas tal como lo exige el oficio, con poco de él y mucho de los otros, lo cual no impide que el propio autor se incluya en ellas. Con este libro Torres Fernández ha arrojado ya ese peso que se hacía cada vez más difícil de sobrellevar en silencio, como el fardo del trotacaminos que un día es arrojado junto a las vías desde la plataforma de un tren de carga. Porque este libro no es tanto una novela como una confesión borboteante, ingenua y patética, hecha sin reticencias y sin eufemismos, tal como se vierte una noche cualquiera en el insomnio casi desierto de un café, bajo el gran cielo austral y el hálito marino de una ciudad del Sur, engarzada en el linde invisible del océano y la pampa. La aventura de Santiago Alejandro Garro no es la aventura de un héroe de ficción; ni es tampoco la ínfima peripecia de un muchacho de provincia ciegamente impulsado por el soplo animal de la subsistencia. Si solamente fuera esto, no pasaría de ser un vulgar episodio, un desplazamiento nada más que somático, sin contornos ideales — sin horizontes. En cierto tipo de literatura regional abun-

dan esas manifestaciones chabacanas, tan asequibles al lector contentadizo. Y cuando una literatura o un sector de la misma se reduce a una epidérmica anotación de hechos cotidianos, por muy verosímiles o impresionantes que éstos sean, la relación se desarrolla en un plano meramente físico, de información y de anécdota efímera, a menudo grosera. Pero no. La que aquí se relata es la aventura del adolescente rebelde y anheloso que poco a poco va desprendiéndose de aquello que le ata al pasado con cadenas atroces. (Y el pasado es el terruño del cual ha emigrado; es la madre perdida y el padre sumido en la tiniebla de la ebriedad que lo corroe; es la casa deshecha y las oscuras gentes de la villa, agobiadas por la rémora de la indigencia, el ocio y la superstición; es el estudiante fugitivo, frustrado de repente; es eso y muchas cosas más). Del mismo adolescente que luego, en el laberinto de la gran ciudad sin piedad y sin cólera, se ofusca y se altera hasta el extremo de tener que escapar de ella como si fuese rechazado por algo infinitamente más poderoso que su ansiedad, a la sazón fluctuante y perpleja. Del que ambula después sobrecogido por el vértigo, por una especie de furia centrífuga, abandonado a un azar errabundo como las dunas y los cardos en constante levitación sobre la llanura. Del que por fin vuelve de su alteración y se recupera para sí, se reintegra, y a partir de cuyo instante comienza a caminar ya no *desde afuera* para ninguna parte, como la hoja que gira en el remolino, sino *desde adentro* hacia afuera, con un andar rítmico y centrado, como la respiración de un hombre en marcha.

CÉSAR ROSALES

Artes Plásticas

LOS DIBUJOS DE SAÚL STEINBERG

Al abrir este libro [1], hallamos su contratapa colmada de esas arbitrarias figuras en que el azar parece complacerse valiéndose para ello de la mano libre de la persona que conversa por teléfono. De entre todos ellos, hay uno que me ha

[1] *Todo en líneas* (Editorial Abril, Buenos Aires, 1945).

llamado poderosamente la atención: allí está dibujada la lapicera que acaba de terminar un intrincado arabesco. Más arriba, la misma línea se ha enredado en un nudo después de salir de la intencionada expresión de un rostro, y luego pasa a través de una interminable perspectiva de puertas abiertas hasta perderse en lo infinito. Ese dibujo es bien representativo de todo el contenido de este libro. En él, lo representado aspira a ser algo más que pura representación: la lapicera que dibuja es simultáneamente dibujada por sí misma, el autorretrato no es copiado de un imparcial espejo sino que su propia línea toma el lápiz para trazarse sus contornos, como si el autor, de pronto, no fuera sino su propia ocurrencia, o mejor dicho, como si la ocurrencia fuera todo el autor. No es un autorretrato sino un autodibujo. (¿No hay bajo toda la aparente arbitrariedad de estos garabatos un retorcido propósito de llegar al Ser que se es, mediante la identificación entre la representación y lo representado?) Y luego de los inevitables meandros que la fantasía impone, vemos a la línea perderse tras el inalcanzable más allá que se esconde del otro lado de las sugestivas puertas interminables. ¿A dónde van o de dónde vienen estos dibujos, cuya aparente simplicidad de medios los asemeja a las pinturas rupestres de los hombres primitivos y de sus continuadores los niños? Vienen desde el misterio y van hacia el misterio. Su momentáneo aflorar a nuestra visión es uno de los milagros que nos permiten atisbar uno de los tantos trasmundos en que la realidad se apoya, percatarnos de la infinita variedad de sus riquezas y de la increíble simplicidad de sus elementos.

El niño, o el artista primitivo, no procede en sus creaciones por síntesis sino por análisis. Su esquema sólo lo es en apariencia; para su autor, ese dibujo aspira a una totalidad, y, lo que es más, a la individualidad de cada uno de los detalles que la forman. Lo que hay es que para el niño, como para el salvaje, "eso es todo". Todo lo que él percibe; intuye, naturalmente, que se le escapan infinidad de cosas, y de ahí el carácter misterioso de esos dibujos que son simultáneamente el perfil de su representación y el contorno de lo desconocido. En un estadio más inteligente, el artista selecciona los rasgos de que se ha de valer para expresarse, pierde su aspiración a la totalidad, y con ello, naturalmente, sus figuras ganan en expresión inteligente pero pierden su facultad de diseñar lo misterioso.

En el dibujo, esto alcanza su culminación en la caricatura, en la que su autor elimina todo lo que es genérico hasta alcanzar la clave de lo individual, del rasgo expresivo que compendie en su cifra, como el símbolo algebraico, un valor psicológico dado.

Steinberg, prodigiosamente, está de vuelta de todo eso. Su procedimiento parte de esos elementos rigurosamente puros —pro análisis— y se vale de ellos para sus síntesis. Lo individual no cuenta en sus caricaturas, que por lo tanto ya no merecen ese nombre. Apunta, no a la presunta "totalidad" infantil o primitiva, sino a la "idea", que en su abstracción de abstracciones adquiere la máxima realidad. De ahí esa línea que llegaba de interminables lejanías y acababa por representar a su propia creadora: la lapicera con que se había dibujado.

En el inteligente prólogo que escribió para este álbum, Conrado Nalé Roxlo dice, refiriéndose a los dibujos de Steinberg:

"Tan llenos están de sugestiones, que despertarán, sin duda, otras diferentes al lector. Y no pongo lector por equivocación, sino porque estos dibujos pueden leerse, tientan a seguir sus trazos con la punta del dedo, a "delinearlos" y a leer lo mucho que se esconde y se muestra en sus "entrelíneas". Nada más exacto. Pienso en la diferencia que existe entre nuestro sistema de escritura mediante el cual representamos valores fonéticos, y el sistema chino que representa directamente ideas. Esa misma distancia es la que separa a estos dibujos de la escritura ideográfica. El que conoce el valor de los símbolos puede leer de corrido un texto ideográfico sin necesidad de hablar el mismo idioma que quien lo escribió, puesto que salta por encima de las convenciones prosódicas con que habitualmente se expresa para ir, directamente, a la idea que quiere transmitir. Pero la dificultad estriba en la casi inacabable variedad de símbolos capaces de expresar la creciente muchedumbre de ideas. Steinberg, cuya perfilada materia expresiva tiene la levedad de una escritura, se vale de un procedimiento aun más directo: en su escritura ideográfica no es necesario conocer el símbolo, por que, una vez más, símbolo y simbolización se unifican en su propia expresión. En cada uno de sus dibujos hay una validez transparentada a través de su esquemático contorno. Sus "interlíneas", como sagazmente apunta Nalé Roxlo, son inagotables, pues su capacidad de síntesis las enriquece de un sentido de posibilidad que va más allá del que su propio autor quisiera haberles dado: son dibujos que efectivamente se dibujan solos. Son expresiones en libertad que se crean ininterrumpidamente. Para comprenderlos, no solamente no es imprescindible, como en el caso de la escritura ideográfica china, conocer el lenguaje de quien los hizo; ni siquiera es menester participar de lo que se propuso decir, porque desde que su autor los terminó, hasta que el "lector" participa en ellos, es mucho lo que por su cuenta han aumentado en significación.

De ahí que la explicación que pueda encontrarse al pie de los dibujos, o el chiste añadido, son más bien una traición a su delicada esencia, ya que pretende limitarla. A veces son de una amargura terrible por lo que traslucen de secretas intenciones, como el niño que juega a maniatar al padre y ponerlo atravesado en las vías de su tren de juguete, o el señor que encuentra más divertido sus ejercicios de tiro al blanco envenenando antes la flecha. A veces su contenido político, de una eficacia satírica insuperable —sus caricaturas de Hitler y de Mussolini son mortales de necesidad—, se encona en un preciosismo del odio. En otros casos, se divierte en un juego de ecos: los dos "reporters" que se retratan simultáneamente, las dos pintoras que se copian y copian que se copian; su dibujo "d'après nature" en el que se ve un trozo de lancha, en uno de cuyos bancos apoya sus pies el propio dibujante que sostiene entre sus manos el cartón que dibuja, en el que vuelve a aparecer la totalidad de la lancha y el cartón de dibujo, y en el cual presuntamente se prolonga la teoría de representaciones hasta lo infinito. Tampoco está ausente la ternura, que llega a lo conmovedor en el duplicado escorzo de las dos madres que se cruzan en su camino igualmente orgullosas de su prole, humana la una, canina la otra. (Sus perros son un compendio de ingenua inocencia.)

Mas por encima de todos estos valores, que en cierto modo podrían llamarse circunstanciales, hay en los dibujos de Steinberg, junto con una refinada técnica de ejecución, un propósito deliberado y conseguido de captación trascendental de las esencias más sutiles de la realidad. Y como la de la realidad, la contemplación de estos dibujos es prácticamente inagotable. Siempre queda un rincón, una escondida posibilidad expresiva que se manifiesta de pronto y renueva la vitalidad del conjunto.

Al abandonarlo, vuelvo a los desordenados dibujos de su contratapa: una mano señala imperiosa con su índice extendido, tan tenso en su afán de señalar, que se convierte a su vez en otra mano más pequeña con otro índice extendido. Así se me aparecen estos reveladores dibujos, con los que su autor nos señala repetidamente, en una generosidad sin límites esa otra generosidad que se le enfrenta: la de lo posible.

E. G. L.

ÍNDICE

Pág.

El poder de las palabras, por *Roger Caillois* 7
Rusia y la libertad, por *G. P. Fedotov* 29
Paisano muerto en el río, por *Juan G. Ferreyra Basso* 46
Soneto casi una elegía, por *Raúl Gustavo Aguirre* 49
El otro laberinto, por *Adolfo Bioy Casares* 50

NOTAS

Centenario de Eça de Queiroz, por *Eduardo González Lanuza* 93
Vuelta a moral y literatura, por *Enrique Anderson Imbert* . . 95
Libros — Roger Caillois: "Les Impostures de la Poésie", por *César Fernández Moreno* 97
Ernesto Sábato: "Uno y el Universo", por *Arturo Sánchez Riva* 101
Harry Levin: "James Joyce. A critical introduction", por *E. L. Revol* 106
Miguel A. Torres Fernández: "Hay otro cielo en el sur", por *César Rosales* 107
Artes plásticas: Los dibujos de Saúl Steinberg, por *E. G. L.* 111

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 187855.
Título de marca Nº 159.486.

ESTE CIENTO TREINTA Y CINCO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
DOS DE ENERO DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y SEIS EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA.